LA CONQUISTA DEL ESPACIO

BRUGUERA

BOLSILIBROS

FUTURO

UN MUNDO PARA THUNDERMAN



LOU CARRIGAN
UN MUNDO PARA THUNDERMAN

THUNDERMAN

Ocupando un diminuto lugar en el espacio infinito se halla la inmensa galaxia de Ufus, compuesta por gran cantidad de pequeños planetas, un sol de luz rosada y caliente llamado OOOH, un planeta gigantesco (cien veces más grande que la Tierra) llamado GOBODOBORIANAR y su satélite, el peque no planeta llamado SSSH, donde sólo habita el silencio. OOOH significa CREADOR DE LA VIDA, y GOBODOBORIANAR significa LUGAR DONDE SE DESARROLLO LA VIDA QUE NACIÓ DE LAS ENTRAÑAS DE OOOH.

En GOBO la vida se ha manifestado de modo múltiple y desigual: hay piedras que piensan y sienten, y seres vivos sin raciocionio alguno. En GOBO todo puede existir, todo puede ocurrir. Sólo una cosa es invariable en GOBO: los órganos oculares de todo ser vivo que disponga de ellos son triangulares.

Y ésta es una de las muchas cosas que no comprende un ser que vaga por las inmensidades de GOBO con extraños y lejanos recuerdos de sonidos e imágenes en su mente. Es un ser de casi dos metros de estatura, dotado de cuatro extremidades, sobre dos de las cuales camina, se desplaza. Solamente tiene vello en la cabeza; un largo y dorado vello que le llega más abajo de los hombros. Su musculatura es absolutamente impresionante, poco común en GOBO. Camina erguido, no teme a nada ni a nadie, y como armas utiliza cualquier rama de árbol que él mismo arranca con sus grandes y fuertes manos provistas de cinco apéndices utilísimos con uñas cortas, no punzantes pero fortísimas; también usa otra arma como nunca se ha visto otra igual en Gobo, y ni siquiera él mismo sabe cómo la ideó: es una tira de piel de animal ensanchada en el centro para colocar las piedras que arroja con certera puntería tras voltearlas con la tira de piel por encima de su cabeza. Es un ser cuya inteligencia, hasta el momento presente, se ha manifestado

siempre como superior a la del resto de los seres de GOBO. Su cuerpo está lleno de cicatrices grandes y pequeñas, recuerdo de sus múltiples enfrentamientos con seres insólitos a los que siempre venció. Su olfato es excelente, su oído es finísimo, sus facultades de percepción de cosas que no se ven es extraordinaria…

Pero más que cualquier otra de sus muchas facultades extraordinarias que le convierten en invencible, este ser es diferente a todos los demás del planeta GOBO porque sus ojos no son triangulares, sino redondos. Tal vez sea esto lo que cause pavor a los restantes seres de GOBO: aquellos órganos oculares de redondas pupilas y de color gris como las montañas muertas del fondo del planeta.

Este ser, que se ha visto a sí mismo reflejado muchas veces en las charcas y lagos de GOBO, sabe muy bien que él es diferente, especialmente por los órganos oculares. Todos los seres que él conoce hasta el presente los tienen de otra forma, y todos esos seres tienen congéneres de entre los cuales eligen pareja y con los cuales forman familia, y luego manadas o tribus.

Él está solo.

Parece no pertenecer a nada ni a nadie, no ser de ningún lugar concreto de GOBO, no presentar ninguna característica que delate su procedencia de cualquiera de las lejanas regiones peculiares.

En realidad, este ser no sabe nada de nada de sí mismo, ni del planeta GOBO, ni de su satélite SSSH, ni de su sol OOOH. Vaga continuamente, defiende su vida, se alimenta y duerme. No sabe nada. Ni siquiera qué significa el dibujo que tiene marcado sobre el pectoral izquierdo, ni el otro dibujo que hay debajo del primero…

Lo único de lo que está plenamente cierto y tampoco sabe por qué está tan seguro es de que él es THUNDERMAN.

CAPÍTULO PRIMERO

Como siempre, había estado vagando sin rumbo alguno, y ahora descansaba encaramado en un árbol. Tenía una increíble facilidad para subirse a los árboles y allá encontrar acomodo y dormirse en un instante. Dormía siempre profundamente, aunque sólo fuese un momento. Con el tiempo había aprendido a no despertar por ruidos que nada significaban, y, por el contrario, pasar del sueño a la más atenta vigilia si se producía algún sonido que pudiera representar un peligro para él.

El sonido de aquella vez, mientras dormía en el árbol, era de los peligrosos. Su mente dormida lo clasificó en seguida como perteneciente a los malvados groms, y en el acto se despertó y se puso de cuclillas en la rama del árbol.

Estaba oyendo perfectamente a los groms, pero no los veía. Localizó el lugar de donde provenían sus gruñidos, más allá del espeso follaje, y durante, unos segundos estuvo titubeando entre acercarse o no. Lo cierto era que no deseaba enfrentarse a los groms. No porque los temiera, ciertamente, pero no valía la pena complicarse la vida. Hacía ya tiempo había aprendido que nunca se estaba mejor que cuando se reposaba a la luz y el calor de Oooh. ¡Ah, sí, esto era absolutamente delicioso...!

Era absurdo complicarse la vida pudiendo vivirla apacible mente, disfrutando del sol y del sueño reparador...

Pero algo le llamó la atención: la naturaleza de los sonidos de los groms. Diríase que estaban contentos, y esto era malo, muy malo, porque los groms nunca estaban tan contentos como cuando cometían alguna de sus bestiales maldades. Si se quería ver contento a un grom sólo había que darle la oportunidad de causar daños o muertes.

Así pues, si los gruñidos que oía eran de satisfacción era que los

groms estaban cometiendo alguna de sus maldades.

Esto impulsó a Thunderman a acudir al lugar donde estaba oyendo a los horrendos seres. Les recordaba con desagrado, a aquellas horripilantes criaturas de facciones simiescas y mezcla de saurio. Tenían cuatro piernas delgadas y velludas, torso blando, gordo, blanco y también velludo. Apenas tenían frente, y sus verdosos ojos triangulares inspiraban temor y repugnancia. Sus enormes dientes blancos y puntiagudos de saurio siempre aparecían manchados de sangre. Eran grandes y fuertes, pero torpes. Y malvados.

Si gruñían con satisfacción era que algo malo estaban haciendo.

Y muy pronto supo Thunderman de qué se trataba. Llegó al lugar desplazándose silenciosamente por las ramas de los árboles, y alcanzó el pequeño calvero de la espesísima jungla. Los gruñidos de los groms se oían cada vez más fuertes, cada vez más satisfechos. Incluso parecía que se estaban peleando entre ellos, lo que significaba que, como pocas veces, lo que hacían les causaba grandísimo placer.

Desde lo alto del árbol, bien escondido entre hojas y ramas, Thunderman contempló el grupo de groms, que se apiñaban alrededor de un árbol gigantesco. Tenían algo allí, algún desdichado ser que habían apresado y que sin duda se disponían a devorar. Tal vez lo estuvieran ya despedazando y llevándose a sus fauces sangrantes trozos de carne. Si así era, el desdichado ser que había caído en sus garras ya debía estar muerto, o en condiciones tales que no tardaría en morir, irremisiblemente. Nadie escapaba de las garras de los groms. Nadie.

Y de pronto, Thunderman vio en parte al ser que los groms tenían atado con lianas al tronco del árbol. Por un instante creyó que no había visto bien, que, como aquellas cosas extrañas que le ocurrían con alguna frecuencia, lo que veía y oía no existía realmente FUERA de él, sino solamente DENTRO de él.

Pensó que lo que estaba viendo formaba parte de sus re cuerdos latentes, de visiones, de sonidos interiores.

Pensó que en realidad no había visto una cabeza de ser parecida a la suya, y con dos ojos REDONDOS. Pensó que esto lo había soñado despierto o dormido.

Pero los groms se movieron siempre alrededor de su presa, y

Thunderman vio de nuevo aquellos ojos redondos. Redondos ojos negros, grandes y relucientes, que palpitaban ahora expresando temor. Vio un rostro prácticamente como el suyo, como se había visto a sí mismo en los lagos y estanques y charcas. Un rostro con dos ojos redondos, una boca, unas orejas. La única diferencia que parecía existir entre aquel ser y él era la ausencia de vello en torno a la boca; aquel vello que siempre le picaba y que él recortaba pacientemente de cuando en cuando con piedras que afilaba frotando una contra otra...

Sí. Salvo el vello del rostro aquel ser era muy parecido a él.

Y los groms lo estaban maltratando, de eso no cabía duda.

En silencio, Thunderman se desplazó por el árbol hasta encontrar un lugar adecuado para lo que se proponía hacer. Quedó de pie sobre una gruesa rama horizontal, desenrolló la honda de su cintura, sacó una piedra de su zurrón, y la colocó en la cazoleta de piel de itaku. Abajo los groms seguían gruñendo de satisfacción, y el ser apresado por ellos gemía su miedo y su dolor...

Thunderman volteó la honda por encima de su cabeza, haciéndola girar con tal fuerza que se oyó su silbido cortando el aire. En la cazoleta, la piedra marmórea, durísima, grande como uno de los enormes puños de Thunderman, tiraba con su peso hacia el exterior... Y tanto silbó la honda que incluso fue oída por dos o tres groms, que volvieron sus horripilantes rostros en busca del origen del sonido.

Entonces Thunderman lanzó la piedra, que también silbó agudamente en el aire, llegó a la casi inexistente frente de uno de los groms, y la reventó con siniestro crujir de hueso. La pequeña masa encefálica del grom salió disparada a todos lados, salpicando a sus congéneres, uno de los cuales localizaba en aquel instante a Thunderman y le señalaba con una de sus garras.

—¡Allí está! —bramó con sus guturales sonidos.

Thunderman puso rápidamente otra piedra en la honda, la volteó, y disparó de nuevo. Esta vez la piedra acertó de lleno en el pecho a uno de los groms, y se hundió allí como si fuese tan blando como el lodo, quedó sepultada en aquel blando y velludo tórax de repugnante palpitar. El grom cayó muerto al instante, como el anterior, y hubo entonces una desbandada de groms que escapaban de la agresión del gigantesco y hermoso ser de los ojos redondos, al

que casi ninguno de ellos había visto jamás, pero del que conocían su existencia y el nombre que le habían puesto otros seres, es decir, ugakonoboro, que significaba «el ser de los ojos diferentes»...

Y al apartarse los groms Thunderman pudo ver bien al ser que tenían prisionero y al cual sin duda habían estado martirizando.

Era tan insólito que Thunderman quedó inmóvil, fascinado... Tenía, sí, los ojos redondos, y su cuerpo era armonioso y blanco, más reducido que el de Thunderman, y con protuberancias mamarias. El vello de su cabeza y el que protegía su sexo era negro, no rubio, y muy rizado, no liso. Sobre todo en la cabeza tenía tanto y tanto vello rizado que formaba como una nube de rizos alrededor.

La fascinada mirada de Thunderman se deslizó desde las mamas del ser a su sexo, que no veía por parte alguna. Solamente veía el vello, así qué pensó, en un ramalazo de furia, que los malvados groms le habían cortado el sexo a su presa. Mas de repente, una idea cruzó la mente de Thunderman: ¿podía ser que aquel espécimen no fuese exactamente como él?

Por ejemplo, él sabía que los groms no eran exactos en todo, sino que había machos y hembras, y que las hembras tenían el sexo diferente al macho. Lo cual, por cierto, ocurría con muchísimos otros seres de Gobo. Así que... ¿podía ser que la presa de los groms...?

Por debajo de él sonaba ahora aquella especie de rugir de tormenta que era el gruñir de los groms, que tras el momento de sobresalto se habían reagrupado y señalaban hacia donde estaba él. Al frente de todos ellos, un grom más grande que los demás, de facciones más acusadas, más bestiales y hostiles, daba grotescos saltos de furia, blandiendo aquella arma que en un par de ocasiones Thunderman había visto en acción, desde lejos. Un arma en forma de medio Sssh, con dos curvas que cortaban, que eran capaces de dividir cualquier cosa con la que entrase en contacto cuando el grom la manejaba con su descomunal fuerza torpe. Un arma que siempre relucía como si dentro tuviese todos los soles de ufus...

—¡Baja de ahí! —gruñía el grom gigantesco—. ¡Baja si te atreves a enfrentarte a mi krogo!

Thunderman observó, más cerca que nunca, el arma del grom, cuyo nombre significaba «sangrador». Conocía también a aquel grom especial, el más fuerte y sabio de los groms que había en

aquella parte del planeta. Se llamaba Omogloy, que significaba «el que más vidas destruye»... Los demás groms sólo blandían palos, como él mismo, y empezaban a recoger piedras del suelo. El drogo del grom era envidiado por todos, y nadie sabía de dónde lo había obtenido Omogloy.

—¡Baja! —chillaba Omogloy, que se iba enardeciendo ante lo que le parecía temor por parte del ser de los ojos redondos—. ¡Baja a enfrentarte a Omogloy! ¡Grom, grom!

Emitía sus gruñidos de satisfacción, los «grom grom» que habían dado nombre a su especie. La mayoría de los grom apenas sabían comunicarse con los demás habitantes de Gobo, y casi siempre se expresaban por medio de sonidos de ligeras variaciones en los que con demasiada frecuencia estaba siempre el gruñido «grom», con diferentes inflexiones...

—¡Grom, grom, grom...! —gruñían ahora todos, satisfechos del valor de su jefe y de la cobardía evidente de ugakonoboro.

—¡Ven, ven, ven! —gritaba Omogloy sin dejar de dar saltos de provocación y desprecio—. ¡Ven a luchar con Omogloy!

En la rama del árbol, Thunderman miró de nuevo a la presa de los grom, que le miraba a él a su vez, muy abiertos sus redondos ojos, expresando incredulidad por encima del todavía latente miedo. Luego, miró Thunderman a los groms, especialmente a su jefe Omogloy. Y acto seguido, rápidamente, colocó otra piedra en su honda y comenzó a voltearla, haciendo oír el silbido de toda su fuerza, el espanto de su amenaza. Hubo un griterío de groms, que se apresuraron a ponerse a cubierto del nuevo disparo..., que iba dirigido a Omogloy, con toda la astucia, pues Thunderman sabía que si mataba a Omogloy los demás no se atreverían a seguir luchando con él.

¡Fiuuuu...!, silbó agudamente la piedra al ser lanzada.

Pero Omogloy parecía haber comprendido las intenciones de Thunderman, y saltaba hacia un lado al tiempo que la piedra salía de la honda. Fue a hundirse en el suelo alfombrado de hojas podridas en su mayor parte, y rebotó apenas, quedando muy cerca de los pies del hermoso ser que habían apresado los groms.

—¡Vamos a subir a por él! —gritó Omogloy.

Los groms aparecieron de sus escondrijos, y corrieron hacia el enorme árbol en el cual se hallaba Thunderman, iniciando una

veloz escalada. Thunderman puso otra piedra en la honda, la lanzó, y uno de los groms se fue al suelo, con la cabeza reventada en un surtidor de sangre verdosa y masa encefálica escasa que relució a la rosada luz de Oooh. Pero los demás groms seguían encaramándose al árbol, y estaban ya muy cerca de Thunderman, que comprendió que no podría seguir utilizando la honda, de modo que la enrolló velozmente a su cintura, y cogió el garrote que siempre dejaba cerca de él.

—¡Devoraremos sus entrañas! —rugía Omogloy.

—¡Grom, grom, grom! —asentían los otros, enfurecidos por las muertes de sus compañeros.

Omogloy era demasiado listo, evidentemente, para ponerse en cabeza de la escalada arbórea, que cedió a algunos de sus congéneres. Y éstos, ciertamente, pagaron muy cara su iniciativa y su osadía. Con un solo golpe Thunderman partió la cabeza del primero en alcanzarle en la rama, y con un hábil giro propinó el segundo golpe, que acertó de lleno en el pecho a otro, hundiéndoselo casi hasta partirlo en dos y lanzando su cadáver fuera del árbol con tremenda violencia.

—¡GROM, GROM, GROM...! —resonaba el rugido colectivo rodeando a Thunderman.

Por detrás de él algunos groms que se habían subido al árbol y que habían llegado más arriba de la posición de Thunderman, saltaron sobre éste. El ser de los ojos redondos soltó el garrote cuando sobre sus hombros cayó un grom, echó las manos atrás, lo asió por la cabeza, y se lo arrancó de allí como si fuese un parásito insignificante, lanzándolo contra el suelo. Al siguiente lo agarró por los brazos y se los partió, uno tras otro, como si fuesen simples ramitas de arbusto. El grom comenzó a aullar enloquecido de dolor, y Thunderman lo derribó del árbol con una patada aplicada con el pie plano en el blando pecho velludo. Delante de él aparecieron otros dos groms, blandiendo sus palos lisos y durísimos, de un árbol que Thunderman desconocía, que nunca había conseguido encontrar...

—¡Ahora! —chilló Omogloy, más abajo—. ¡Ahora, matadlo!

Los dos groms lanzaron sus golpes, acertando a Thunderman... Pero sólo consiguieron hacerle tambalear sobre la rama al recibir los impactos. Uno de los palos se rompió al golpear en el tórax del

ugakonoboro, y el otro fue agarrado por la mano derecha del gigante rubio tras recibir el golpe en la cadera. El grom que le había golpeado en el tórax recibió un mazazo en lo alto de la cabeza que le aplastó el cráneo y sacó a presión la masa encefálica de su interior por las fosas nasales y auriculares. El que había golpeado en la cadera de Thunderman se encontró de pronto sin el palo, que quedó en las manos del pavoroso enemigo, que lo utilizó a su vez, partiéndole la cabeza con un solo golpe.

Los groms estaban aterrados, pero, exacerbados por los gritos de Omogloy, seguían subiendo al árbol, y Thunderman comprendió que eran demasiados para seguir luchando con ellos en lo alto del árbol. No se trataba de que pudiesen vencerlo directamente, sino de que, tan sólo con que consiguieran derribarlo de la rama, ya fuese directamente o moviendo ésta, se estrellaría contra el suelo.

Así que optó por abandonar aquel terreno de lucha, y con la agilidad que los groms nunca podrían tener, saltó a otra rama, de ésta a otra, a otra más...

—¡No le dejéis escapar! —chillaba Omogloy—. ¡Cazadlo, cazadlo, nos comeremos sus entrañas...!

Pero mientras Omogloy chillaba y rugía y lanzaba sus siniestros «groms» y espumarajos de rabia, Thunderman se alejaba más y más de él y sus congéneres, hasta que se perdió entre el follaje. Incapacitados para seguir aquella ruta arbórea, los groms descendieron del árbol, y, de nuevo Omogloy en cabeza, se lanzaron por la jungla en pos de Thunderman, olvidados completamente de su prisionera.

Esta lanzó un contenido grito cuando, apenas desaparecer los groms de su vista, el gigante rubio cayó ante ella procedente de las ramas del árbol al cual estaba amarrada con lianas. Simplemente, Thunderman partió las lianas, y separó del tronco al ser de los ojos redondos y negros..., y tan hermosos, tan resplandecientes, que Thunderman se quedó mirándolos fascinado. Aquel ser tenia la boca más pequeña que él, y también las orejas, y sus manos eran asimismo más pequeñas, y sus brazos más delgados...

Y de pronto, aquel ser vio el dibujo sobre el pectoral izquierdo de Thunderman, sus ojos se abrieron más, y de sus labios sonrosados brotó un solo sonido:

—¡Oh!

Thunderman se miró el dibujo, buscó con la mirada algo parecido en el pecho del desnudo ser, y no lo halló. Se sentía admirado y perplejo. Puso una mano sobre un seno del ser, y percibió la turgencia y suavidad de aquella carne caliente...

—¡Grom, grom, GROM...! —oyeron de pronto muy cerca.

Los dos miraron hacia la espesura, de la cual regresaban los groms, quizá porque habían sospechado la maniobra de Thunderman, quizá porque habían llegado a la conclusión de que jamás conseguirían alcanzar al ugakonoboro, y regresaban a por su presa amarrada al árbol.

Los groms aparecieron, y hubo gruñidos y sobresaltos al ver ahora en tierra y tan cerca de ellos al enemigo cuya musculatura tenía la fuerza de diez kobos.

—¡Ya lo tenemos, no escapará! —gritó Omogloy.

Thunderman mostró por un momento una mueca sombría. Luego, agarró de una mano al hermoso ser que le fascinaba, y echó a correr, casi arrastrándola al principio. Tras ellos, como una manada de bestias que eran, partieron los groms.

La hermosa criatura no podía correr, y Thunderman se dio bien pronto cuenta de ello. Miró sus pies, y vio en ellos las señales de las lianas, las llagas y arañazos diversos... Nunca conseguirían escapar de los groms.

Así que volvió hacia éstos, desenrolló la onda, y colocó rápidamente una piedra en la cazoleta. Los groms se detuvieron, asustados un momento, pero los encolerizados gritos de Omogloy les hicieron reaccionar, y continuaron su carga contra ambos fugitivos.

Era un espectáculo horripilante ver aquella caterva de seres de cuatro patas y torsos velludos acercándose con poderosa torpeza. Pero no había en Gobo nada que pudiera asustar o amilanar a Thunderman, y éste comenzó a voltear su honda...

¡Fiiiuuuuu...!, silbó el proyectil.

Se había hecho un amedrentado silencio, de modo que se oyó, primero, el silbido; luego, el escalofriante impacto de la piedra sobre un ojo de Omogloy; y finalmente el tremolante y bestial alarido de Omogloy al tiempo que su ojo reventaba en una eclosión de jugos que relució a la luz de Oooh como algo sucio y siniestro.

Todavía estaba vibrando en el aire el enloquecido alarido de

Omogloy cuando Thunderman u el ser de los bellísimos ojos reanudaron la fuga, siempre él ayudándola a ella. Durante un breve tiempo corrieron juntos, hasta que ella se dejó caer de rodillas. Thunderman se detuvo, la miró, y luego tendió el oído en busca de sonidos reveladores.

No había ninguno.

Los groms, herido su jefe, quizá incluso ya muerto en aquel momento, habían desistido de cazar a su primera presa y al ugakonoboro que se la había arrebatado.

Así pues, ya sin tener que recurrir a la velocidad, Thunderman no tuvo inconveniente alguno en tomar en sus brazos al ser de los bellos ojos redondos y continuar alejándose de los groms.

CAPÍTULO II

Al fondo había un impresionante paisaje de altísimas montañas tapizadas de nieve rosada, pero allí mismo, delante de ellos, había aparecido, al terminar la jungla, la cadena de montañas porosas. No había vegetación en ellas, y sí muchísimos agujeros, que eran todos ellos entradas de grutas insondables, que no tenían fin. Thunderman conocía muy bien aquellos lugares, y no le gustaban. No se había cobijado en ellos jamás, ni siquiera cuando las grandes tormentas que partían rocas y árboles gigantes. Nunca le había gustado sentirse encerrado, pero en esta ocasión tal vez fuese conveniente.

Conocía bastante bien a los groms, y sabía que, aunque de momento hubieran desistido de atacarle o perseguirle abiertamente, no olvidarían lo ocurrido, y lo buscarían. Quizá despacio, en silencio, con astucia..., pero lo buscarían. Por él no había cuidado al respecto, pero una vez más miró los pies del ser que había salvado, y pensó que lo mejor era descansar, esperar. Para Thunderman el tiempo no significaba nada.

Así pues, a la espera de la decisión de los grom, pensó que lo mejor era esconderse en una de aquellas grutas. Si los groms los alcanzaban ya encontraría una solución. Siempre encontraba soluciones a todo. Siempre.

Con el ser en brazos escaló la montaña porosa más cercana, y fue buscando hasta encontrar una gruta que le pareció suficientemente amplia, bien situada, que estuviera bien iluminada en lo posible por la luz de Oooh. Dejó en el suelo a la hembra (¿o no era una hembra?), y regresó a la boca de la cueva, donde permaneció varios minutos, alerta la mirada y el oído.

No se oía nada.

Gobodoborianar estaba sumido en denso silencio hecho de sol rosado, de piedras, de aguas inmóviles, de árboles gigantescos. La

luz del sol Oooh se rompía en millones de destellos sobre enormes hojas azules, sobre flores rojas, sobre piedras que parecían de agua sólida. Se filtraba por entre las copas de los gigantescos árboles, y parecía talmente que allá arriba estuviera iko, el fuego, el devorador de materia que nacía del rayo verde que llegaba a veces de las entrañas del cielo.

Era un silencio que Thunderman sentía como si fuese parte de él mismo. Era un silencio bienamado, porque implicaba que todo estaba bien. Había dos silencios en Gobo, y él los distinguía muy bien. Había un silencio que estaba hecho de miedo, y otro silencio que estaba hecho de paz. El silencio de miedo se producía cuando los seres inferiores o más débiles estaban asustados y permanecían encogidos esperando desdichas y hasta la muerte. El silencio de paz se producía cuando todo estaba bien, cuando todos estaban ahítos y descansaban, y no había ni en el cielo ni en la tierra augurio alguno que pudiera resultar inquietante. El silencio de paz penetraba en el cuerpo como algo dulce. El silencio de miedo parecía talmente como un viento muerto que soplase en todas direcciones y que produjera frío en la piel.

Sí, Thunderman sabía distinguir muy bien los dos silencios de Gobo.

Y el silencio que había ahora era de paz absoluta.

Así pues, regresó al interior de la gruta, y se acuclilló frente al ser que también podía ser llamado ugakonoboro. Es decir, que ya eran dos los seres con ojos diferentes. Ya eran dos seres con los ojos redondos en lugar de triangulares.

Ella (¿era ella?) le contemplaba con avidez, temerosa y al mismo tiempo como confiada, como esperando algo que no podía ser malo. Thunderman la miraba de arriba abajo. Él llevaba un taparrabos de piel desde que en cierta ocasión, al sentarse, había sentido la introducción de un insecto en el ano, así que se lo había protegido a partir de entonces. Pero ella estaba completamente desnuda. Tenía arañazos en la piel. Y su cabellera era grandiosa, espléndida, negrísima... Era como un manto gigante. La mirada de Thunderman bajó al vello sexual, también negro y muy rizado.

Le pareció que el ser se encogía un poco, y entonces miró sus ojos, que seguían anhelantemente fijos en él. De repente, Thunderman tumbó al ser en el suelo de un manotazo, y mientras

con una mano sobre su vientre parecía clavarla al suelo, con la otra hurgó entre el vello, torpemente..., pero con la suficiente habilidad para ver y comprender que, efectivamente, había encontrado una hembra que se parecía extraordinariamente a él.

Tal vez era su hembra.

Sí, tal vez finalmente él hubiera encontrado su pareja.

De un par de manotazos la colocó de bruces, y luego la obligó a encogerse de modo que quedó sobre los codos y las rodillas. Se quitó el taparrabos, se colocó tras ella, y comenzó a buscar la vía sexual con su poderoso y enorme miembro viril. Encontró la vía adecuada, se orientó en ella, y cuando se disponía a dar el fuerte empujón desoyendo los gemidos de temor de su recién descubierta pareja vio la sangre que brotaba de las dos tremendas heridas en la espalda de la hembra.

Thunderman se sentía muy a gusto tal como estaba, y, bien mirado, ¿a él qué le importaba lo que sintiera la hembra, o lo que tuviera en la espalda? Él quería penetrarla con todas, sus ganas de veinticinco años de búsqueda, con todas sus ansias de macho poderoso y fuerte como el mismísimo rayo... Pero ella había vuelto la cabeza, y de nuevo lo estaba mirando, y había ahora agua en sus ojos, y un temblor en sus labios rosados como la luz de Oooh...

Thunderman estuvo mirando aquellos ojos, miró de nuevo las tremendas heridas en la espalda de la hembra a la altura de los omoplatos, y luego miró su miembro apenas iniciando el camino en el sexo de la hembra. Soltó un gruñido, y, de repente, sin más consideraciones, dio un tremendo empujón.

El grito de la hembra pareció hinchar la gruta y que luego quedase rebotando de una pared a otra; talmente como si fuese a estar rebotando para toda la eternidad. O al menos, mientras el salvaje miembro de Thunderman la desfloraba brutalmente y llegaba al fondo de sus entrañas convirtiéndola en hembra de verdad.

* * *

Cuando él regresó ella estaba tendida de costado en el suelo. Le miró con los ojos casi desorbitados, pero Thunderman no insistió en hacer el acto sexual...Lo había hecho seis veces en el tiempo que llevaba en la gruta juntos, apenas dos horas, y ahora lo que quería era que la hembra que tanto placer le había causado se repusiera,

recuperase sus fuerzas, y le durase mucho tiempo, porque era algo que valía la pena.

De modo que tiró junto a ella las frutas, que había cogido, y se acuclilló, señalándolas.

—Dak—dijo—... ¡Dak, dak!

Ella tragó saliva y dijo, en inglés:

—Se dice comer... ¿Me entiendes?

—Sí —asintió Thunderman, también en inglés—... Sí, comer. Come.

Y se quedó mirando petrificado de perplejidad a la hembra. Ella también estaba entre maravillada y todavía temerosa.

—Temí que no me entendieras —susurró—... ¿De verdad me entiendes?

—Sí —dijo Thunderman—, sí, te entiendo, sí. Pero no sé por qué te entiendo, si nunca antes había hablado como ahora, ni te había oído hablar a ti.

—Estamos hablando en inglés. ¿Sabes lo que eso significa?

—No. No.

—En cuanto te vi comprendí que tenías que ser uno de ellos, uno de los seres de la Tierra, como mi madre. ¿Quién eres, cuál de ellos?

—Soy Thunderman. Yo, Thunderman.

—Claro que no. Debes tener otro nombre. Thunderman significa Hombre Trueno. ¿Sabes lo que es un hombre?

—No.

—¿Y un trueno?

—No.

—El trueno, aquí, en Gobo, es opo.

—Opo —sonrió de pronto y no poco sorprendentemente Thunderman—... Opo, sí. Me gusta opo.

—Tal vez por eso dices llamarte Thunderman, hombretrueno. ¿Hay alguien más contigo? ¿Alguien como tú?

—No. No. Estoy solo. Thunderman siempre está solo. Pero ahora estás tú, la hembra de Thunderman.

—Me has lastimado mucho —dijo ella—... Eres un bruto. Pero quizá la culpa ha sido mía: debí decidirme antes a hablarte en inglés. Sobre todo después de haber visto el dibujo del corazón y el MAN. No podía haber error.

Él la miraba sin comprender ahora. Ella señaló el dibujo que tenía sobre su pectoral.

—¿Qué es el corazón?—preguntó Thunderman.

—Lo que tienes dentro del pecho, eso qué hace ruido… ¿Lo has escuchado alguna vez?

—Sí… Muchas veces, muchas.

—Pues eso es el corazón, Se representa así. Y la palabra MAN significa hombre. Tú eres un hombre, yo soy una mujer. Mi madre también era… o es una mujer. Una mujer de la Tierra. Tú eres un hombre de la Tierra.

—¿Qué es la Tierra?

—Es un lugar parecido a Gobo, que está lejos de aquí. Está tan lejos de aquí que nunca podremos ir allá.

—Yo he estado en todo Gobo, yo puedo ir a la Tierra.

—No —rió queda y dulcemente ella—… ¡No podrás nunca ir a la Tierra, porque no basta tener alas como los seres angélidos, hay que tener una nave muy poderosa!

—¿Qué es una nave?

—Algo que va por el espacio a mucha velocidad. Mi madre me lo contó.

—¿Tu madre es como yo?

—Es una hembra de la Tierra. Tú eres un macho de la Tierra. Yo soy una hembra mitad de la Tierra y mitad de Gobo. Mi madre llegó aquí en la misma nave que llegaste tú, estuvo mucho tiempo vagando por Gobo, y finalmente fue hallada por los seres angélidos. Uno de ellos la preñó de mí. Cuando nací yo, mi padre se enfadó mucho con mi madre porque nací sin alas, pero después de un largo tiempo me salieron, y el enfado de mi padre se disipó. Pero mi madre me estaba enseñando cosas extrañas para los angélidos, así que fue desterrada, fue enviada a la zona de castigo. Desde entonces no he podido aprender más cosas, y ya no había vuelto a hablar en inglés con nadie. ¿Cómo es posible que tú sepas inglés, si estás solo? ¿Estuviste con alguien vagando por Gobo hace años? ¿Hubo contigo alguien de la nave durante algún tiempo?

—No… Yo he estado siempre solo en Gobo.

—Entonces, si nadie te ha enseñado, no deberías saber hablar en inglés. No me sorprende que puedas entenderte con los groms y con cualquier otro ser de Gobo, pero no deberías saber inglés si nunca

lo has hablado con nadie. ¿Me comprendes?

Thunderman no contestó. Miraba fijamente a la hembra, a la que de súbito volvía a desear. Recordó que ella había dicho que la había lastimado. Y recordó entonces las heridas de su espalda. Se sentía confuso. Se sentó sobre la roca, y quedó absorto... Vagamente se daba cuenta de que la hembra se había sentado, y le miraba mientras comía la fruta que él había traído. Había ahora en sus oídos aquellas cosas que otras veces había sentido. Cerró los ojos, y de nuevo vio dentro de él aquellas imágenes, confusas, mezcladas. Los sonidos y las imágenes de siempre estaban regresando..., y ahora le pareció que quizá podría llegar a comprenderlas.

Sí, recordaba el trueno. Y la voz en inglés. Y el lugar donde todo parecía de color rosado, que había visto de lejos, no sabía cuándo... Tenía la sensación de que algo dentro de su cabeza había estado cerrado y ahora se abría. Era una sensación casi dolorosa, pero al mismo tiempo tranquilizadora, como liberadora. Era como cuando había nubosidad en las zonas bajas del bosque y de repente soplaba el viento y la nubosidad desaparecía y podía ver toda la hermosura que le rodeaba: flores, aves, cielo, hierba...

Pero sobre todo, y no sabía por qué, recordaba el trueno.

Y de repente, con los ojos cerrados, Thunderman vio dentro de él aquel rostro tan parecido al de la hembra que había encontrado. Y hasta oyó su voz...

"—Míralo cómo sonríe, Malcom... ¡Parece que le guste el estampido de los truenos!

—Pues a mí no me gusta nada —replicó Malcom—. Esos truenos que percibimos con los sensores son sencillamente espantosos. ¡Los de la Tierra parecen llanto de niño en comparación!

—Pues al niño le gustan... Podríamos ponerle Thunder.

—No es un nombre para una persona, Sheila, querida.

—Pero es bonito. Y si le gustan los truenos..."

Hubo como un estallido de cosas extrañas dentro de los ojos de Thunderman, la voz dejó de oírse, y unas lejanas imágenes que habían comenzado a formarse desaparecieron. Todo quedó convertido en aquella mancha negra. Oyó la voz de la hembra diciéndole algo. Abrió los ojos.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

Le había puesto una mano sobre un muslo. Thunderman miró la

mano que le pareció pequeña y frágil en comparación con las suyas.

—Nada —dijo.

—Yo me llamo Angelia. Mi madre me puso el nombre. Es un nombre que no se parece en nada a los de los angélidos.

—¿Qué son los angélidos?

—Mi raza. Es decir, la raza de mi padre... Son como yo... Bueno, muy parecidos a mí. Y ellos tienen alas. A mí me las cortaron los groms.

De nuevo recordó Thunderman las tremendas heridas en la espalda de la hembra. La hizo tenderse boca abajo, y se quedó mirando las heridas, que de nuevo sangraban. La sangre no era tan roja como la de él, era más rosada, menos espesa.

No le sorprendió nada a Thunderman que los groms hubiesen cortado las alas a Angelia, pues los groms eran malvados de natural. Era extraño que él nunca hubiera visto a los angélidos. ¿Quizá no conocía todos los lugares de Gobo, como había estado creyendo hasta entonces? Además, ¿significaba lo que decía Angelia que ella había podido volar cuando tenía alas? ¿Volaban los angélidos? ¿Volaban igual que las aves?

—Ponte bien—dijo Thunderman.

—Oh, no... ¡Por favor, no me lo hagas otra vez, estoy dolorida...! Nunca lo había hecho antes, y tú me has lastimado mucho... ¡No, por favor!

Thunderman la había agarrado con sus poderosas manos, le había dado la vuelta, y terminó colocándola ante él, a cuatro manos y con las nalgas bien en evidencia. Se colocó tras ella, y en un instante la penetró. Angelia gritó, pero sólo los primeros, segundos. Luego pareció romperse toda ella, se relajó, y se quedó quieta, sollozando apagadamente.

Thunderman regresó de nuevo a la gruta cuando ya estaba oscureciendo. Traía más frutas, y bayas, y hierbas. Entró en silencio, se acuclilló junto a Angelia, y la obligó a volverse boca abajo. Angelia le dirigió una mirada dolida, pero no protestó. Sabía muy bien que las protestas no servían de nada, del mismo modo que sabía que Thunderman tenía veinte veces más fuerza que ella. Era absurdo y hasta peligroso oponerse a lo que él deseara. Así que se resignó a ser penetrada una vez más en aquel cálido día de dolor y, extrañamente, de lejano placer más presentido que sentido...

Pero esta vez el macho no buscaba a la hembra. Lo que hizo Thunderman fue exprimir sobre las heridas de su espalda algunas hierbas, de modo que el jugo cayó sobre ellas. Angelia tuvo la sensación de que su espalda se convertía en fuego, gritó de dolor, y se desvaneció.

Cuando despertó todo estaba oscuro. Oyó cerca de ella la poderosa respiración del macho, y lo busco en la oscuridad. Del exterior llegaba el pálido resplandor de las estrellas, que parecía como un viento frío. No veía bien a Thunderman, pero comenzó a verlo mejor al poco rato, cuando sus pupilas se fueron acostumbrando a la escasa luz estelar. Él dormía de costado, con una mejilla apoyada en un brazo. Un brazo enorme, con tantos músculos que podía abastecer a diez angélidos. Era imposible no oír la respiración de aquel animal sano, fuerte, gigantesco.

Angelia tuvo un estremecimiento al recordar el modo en que él la había penetrado. Tuvo en sus entrañas como el recuerdo del dolor, pero al mismo tiempo sintió un fuego insólito, y de alguna parte que no habría sabido situar en su organismo le llegó una sensación que le agradó muchísimo, fue... como una oleada que la inundaba. Una oleada de recuerdos y sensaciones que le agradó como nunca nada le había agradado antes en su vida. Pero seguía dolorida, y la idea de ser penetrada nuevamente la estremeció.

¿O tal vez no era eso lo que la había estremecido, sino el frío? Se dio cuenta entonces de que tenía la piel helada. Des de fuera, desde la jungla, desde las enormes planicies, llegaba la temperatura de Gobo sin el calor de Oooh. Y ningún sonido. Era el frío silencio de la noche, poblada de cientos o miles de criaturas de ojos triangulares, pero silenciosas como la mismísima noche. Uno podía estar en Gobo rodeado de miles de criaturas durante la noche y no oír nada. Y ver solamente las estrellas, y aquella negrura que era simplemente la nada.

Y el frío.

Se dio cuenta de que no podría soportarlo. Los groms le habían arrancado sus vestiduras para poseerla tras amarrarla al árbol, y ahora sentía cada vez más frío. Se acercó al dormido Thunderman, y tocó con cuidado uno de sus costados. Le pareció increíble que él estuviese caliente. Tocó una de sus piernas, y también la encontró caliente. ¿Cómo era posible que él no tuviese frío?

Poco a poco se fue acercando al cuerpo del gigante rubio, buscando su calor. De repente la respiración de él se cortó, se interrumpió. Y acto; seguido Angelia fue bruscamente rechazada, lo que no la sorprendió, pues ella misma sentía su cuerpo frío, helado. No podía ser en absoluto agradable para nadie sentirla tan helada. Y menos para Thunderman, que estaba tan caliente, y que debía notar un contraste tremendo... Se quedó adonde había llegado con los empujones de Thunderman, se encogió cuanto pudo, y comenzó a sollozar de frío... Sabía que era muy posible que aquella noche, completamente desnuda, ella muriese de frío. Era así de simple. Cerca de ella. Thunderman volvía a dormir profundamente. Angelia sentía cada vez más y más frío. Hubiese querido morir en silencio, pero el frío era tanto que no podía contener los sollozos, ni sus estremecimientos, ni el chasquido de sus mandíbulas temblorosas. Pensó en intentar de nuevo cobijarse en el calor del cuerpo de Thunderman, pero corría el riesgo de que, para rechazarla, el gigante le diese tal golpe que la matase... Bueno, quizá esto era lo mejor. Sí, era mejor morir de un golpe que de frío... Tenía que intentarlo de nuevo.

Y de repente, el mismo instante en que, tiritando espantosamente, iniciaba su nueva maniobra de acercamiento a Thunderman, éste dejó de resoplar fuertemente, y quedó silencioso. En la oscuridad, en el silencio, se oían ahora solamente los estremecimientos y los mal contenidos sollozos de Angelia. Esta oyó moverse al animal gigante que la había hecho mujer tan rudamente. Notó su mano, y luego su cuerpo. Se sintió de pronto envuelta en los brazos de él, metida en su pecho, como aplastada contra el vello dorado y áspero, con su rostro quizá apoyado contra el dibujo del corazón y la palabra MAN. Sintió una mano de él en sus nalgas, enormes, ruda, posesiva. Estaba atrapada entre sus brazos como si ja más pudiera escapar de ellos, y el calor comenzó a llegarle rápidamente, impregnó su piel, penetró en su carne, hasta sus huesos, y supo que el abrazo del macho la estaba librando de la muerte; sintió aquel calor terrible, intenso, vivificador, inundarla hasta lo más profundo de su ser. Oía de nuevo la profunda respiración de Thunderman, y pensó:

«Está dormido otra vez. Ya no me lastimará más esta noche... ¡Qué cuerpo tan caliente tiene!»

Se sentía extraordinariamente bien, cobijada en aquel cuerpo de sangre caliente como el propio fuego, metida entre aquellos brazos que arrancaban ramas y aplastaban groms como si fuesen gusanos. De repente cayó en la cuenta de que, por primera vez desde que le habían cortado las alas, las heridas de la espalda no le dolían.

Tal vez todo lo que le había ocurrido serviría para beneficiarla, finalmente. Había sido todo terrible: la matanza de angélidos por los groms, la fuga, la captura, el corte de sus alas, las crueldades que había visto cometer a los groms. Había querido morir muchas veces.

Pero ahora, acurrucada contra aquel cuerpo caliente y fuerte como nada había conocido anteriormente, Angelia pensó que no quería morir, y que, a fin de cuentas, quizá sí que todo lo que había ocurrido tenía como designio que ella encontrase a Thunderman. O que Thunderman la encontrase a ella.

Se sentía tan bien, tan caliente, tan protegida absolutamente en todos los aspectos de todo y contra todo, que se durmió sin darse cuenta, como no había dormido desde hacía muchísimo tiempo...

CAPÍTULO III

La despertó el calor de Oooh.

Lo sintió en el rostro, pero todavía tardó un poco en darse cuenta. Cuando abrió los ojos tuvo que volver a cerrarlos inmediatamente, porque la luz de Oooh, le daba directamente en ellos. Movió la cabeza, y al eludir la luz solar pudo ver su entorno.

Estaba dentro de la gruta, más cerca de la entrada, de modo que la luz y el calor de Oooh le había llegado apenas apareció por encima de la jungla. Se estaba bien allí. Había un silencio de quietud infinita.

De repente, Angelia se sentó sobre el duro suelo.

—¿Thunderman? —llamó.

No obtuvo respuesta. Se dio cuenta de que continuaba desnuda, pero ya no había peligro, pues en cuanto salía Oooh el frío desaparecía; incluso antes, cuando todavía era de noche pero ya Oooh se acercaba, el frío se iba disipando.

Se puso en pie. Quedó un poco vacilante al sentir el dolor entre las ingles. Recordó una vez más lo sucedido el día anterior, y pareció que el dolor regresara, se reavivara. Pero al mismo tiempo, de nuevo, sentía aquella sensación dulce y caliente dentro de ella, no sabía exactamente dónde. Y recordó también que aquella noche, cuando ya su cuerpo estaba caliente, Thunderman la había penetrado otras dos veces, y que ya no le había dolido casi nada.

Caminó cautamente hacia la boca de la gruta. Sí, sentía como golpes de dolor en los muslos, en las ingles, en el sexo, pero menos de lo que podía temerse. Se sentó en la entrada de la gruta, recibiendo de lleno en todo el cuerpo la luz caliente y rosada de Oooh, el creador de la Vida. Volvía a sentir aquella sensación grata dentro de ella, y más y más grata era cuanto más pensaba en Thunderman y en lo que éste le hacía con su poderoso miembro.

Por supuesto que sabía de qué se trataba, pues los angélidos también lo hacían, pero nunca se le había ocurrido que las angélidas pudieran llegar a sentir aquella sensación, aquel placer tan íntimo que sentía ella…

¿O las angélidas no lo sentían? Esto le dio que pensar. Ella había presenciado muchas cópulas, y nunca le pareció que hubiera en ellas atisbo alguno de placer. Pero quizá las angélidas, como ella, sentían eh placer tan hondo que nadie salvo ellas podían saberlo…

No supo el tiempo que estuvo pensando en estas cosas hasta que apareció Thunderman en la linde de la espesa jungla.

Apareció de pronto, alto, enorme, como un animal capaz de ocasionar el más grande pavor en todos los bosques de Gobodoborianar. Llevaba revuelta la hermosa cabellera rubia llena de maleza y trozos de arbustos espinosos. Era el animal más sano, fuerte y grande que Angelia había visto en toda su vida. Sin duda era más salvaje que los angélidos, pero infinitamente más fuerte, infinitamente más poderoso. Podía adentrarse en cualquier bosque y, en lugar de hacerlo con temor, como hacían los angélidos, causar él todo el temor imaginable a las criaturas del bosque. Allá donde estuviera Thunderman sería siempre el más poderoso…

A cada gesto que hacía, a cada paso que daba, su musculatura parecía hincharse y tensarse. Portaba sobre sus hombros un itaku, evidentemente muerto. Un itaku que debía pesar tanto como el propio Thunderman, pero cuyo peso no parecía sentir el gigante.

Cuando llegó ante ella y tiró el itaku al suelo Angelia supo que el itaku tenía el cuello roto. Se imaginó la escena: el itaku acudiendo a un manantial del bosque a beber al amanecer; y de repente, aparece el Hombre, cae sobre él, le agarra el cuello y se lo parte. Así de sencillo.

—Dak —dijo Thunderman, señalando el itaku—. Come.

—¿Qué? —respingó Angelia—. ¿Quieres que coma itaku?

—Sí. Come.

—No —rechazó ella, muy alterada—. No voy a comer itaku.

—¿Por qué no?

—Porque nunca he comido itaku.

Thunderman quedó pensativo. Se sentó junto a ella y al itaku, y se quedó quieto y pensativo dando cara a Oooh, que iba subiendo lentamente, iluminando las copas de todos los árboles de la jungla.

Comenzaba a oírse cantos de miles de aves. Desde la tierra baja llegaba aroma de hierbas y flores. Pasaron volando dos akunias de alas plateadas, y al verlas Angelia se puso a llorar mansa, silenciosamente.

Cuando Thunderman la miró ella todavía estaba llorando. Él se quedó mirándola sorprendido y muy interesado. Ya había visto el agua en los ojos de la hembra el día anterior.

—¿Qué estás haciendo? —se interesó.

—Estoy llorando.

—¿Qué es llorar?

—¿Tú nunca has llorado?

Thunderman frunció el ceño al hacer un esfuerzo pensatorio. ¿Había llorado él alguna vez? ¿Había sacado él agua por los ojos en alguna ocasión? La respuesta llegó muy pronto.

—No —dijo—, nunca he llorado, si eso es llorar. ¿Qué es llorar?

—Ocurre cuando se está triste o sufriendo dolor. Entonces salen las lágrimas, que están dentro del cuerpo.

—¿Las lágrimas es el agua de tus ojos?

—Sí.

—¿Estás ahora triste o te duelen las heridas?

—Las heridas me duelen poco, gracias a ti. Pero estoy triste.

—¿Por qué?

Angelia señaló hacia el cielo, donde todavía se divisaban volando pausadamente las dos akunias.

—Cuando tenía alas volaba con ellas. Era tan hermoso... Los angélidos no le daban importancia, porque ellos vuelan desde que nacen, pero yo tardé mucho tiempo en tener alas y aprender a volar, porque no era del todo una angélida, así que cuando al fin pude volar supe la gran diferencia que hay entre caminar y volar.

—¿Es mejor volar?

—Mucho mejor... Puedes verlo todo desde arriba, y es de una hermosura como no puedes imaginar.

—Yo puedo verlo todo desde arriba alcanzando la cima de una montaña.

—No es lo mismo, te lo aseguro. Volando puedes ir adonde quieras y ver todo lo que quieras, y además, volando puedes siempre escapar de los peligros que te acechan.

Thunderman tenía arrugada la frente. Tardó un poco en decir:

—Tú no escapaste de los groms.

—Nos sorprendieron a todos. Aparecieron por sorpresa poco antes del amanecer en el poblado, y antes de que pudiéramos reaccionar habían matado a los machos y capturado a las hembras. A muchas las mataron en seguida, después de usarlas allí mismo, y se las comieron. A otras les cortaron las alas, las violaron también, y luego les descuartizaron y se las repartieron. A mí me tuvieron siempre amarrada, siempre mirándome, pero pese a que me habían cortado las alas como a las demás no me hicieron nada.

—¿Por qué?

—Decían que era diferente y extraña, y que mientras tuvieran hembras para copular y comer me mantendrían prisionera, porque les gustaba verme más que ver a las otras. Pero cuando tú apareciste ya querían violarme y luego devorarme.

—¿Tú no eres como las otras hembras angélidas?

—No —negó Angelia—. Yo soy más horrible.

Thunderman asintió. Señaló de nuevo el itaku.

—Come —insistió.

—No quiero comer itaku, no podría. ¡Es repugnante!

Thunderman la miraba perplejo. Acabó por encoger los hombros, y al poco, para espanto de Angelia, se acuclilló junto al itaku, y con un seco golpe hundió su mano derecha, rígida, en el vientre del animal, penetrando la piel con escalofriante facilidad. A partir de ahí, las manos de Thunderman fueron dando expertos tirones que iban despegando la piel. Angelia sentía horribles náuseas debido al olor de la amarillenta sangre del itaku, cuya visión le resultaba horripilante. En el cielo comenzaron a aparecer grandes uks hambrientos, sin duda atraídos por el olor, que para ellos debía ser exquisito, y abajo, al pie de la montaña, comenzaron a congregarse los siempre hambrientos ogos, cuyos ojos se de cía que tenían luz en la noche. Iban de un lado a otro, mirando hacia arriba, moviendo sus largas colas peludas y mostrando sus colmillos de color rojo en sus fauces verdes.

Dos de ellos comenzaron a escalar la montaña, indecisos, y llegaron muy cerca de Thunderman, que los miró sin sobresalto ni preocupación alguna. Él y los ogos eran muy viejos conocidos, y los ogos sabían muy bien a qué atenerse con aquel ser que caminaba sobre dos patas, así que era poco probable que se acercaran más.

Subieron otros tres ogos, para preocupación de Angelia, que comenzaba a ser ya puro miedo. Cuando se juntaban muchos ogos, como estaba ocurriendo ahora, podían acorralar y matar cualquier presa. Cualquiera. Sin embargo, pese a su hambre de locura, estaba bien claro que no se atrevían a acercarse más al ugakonoboro.

Este seguía quitándole la piel al itaku, indiferente incluso a los gemidos de hambre atroz de los ogos, a sus escasos gruñidos de amenaza. Era como si la manada de perros salvajes y siempre famélicos no estuvieran allí.

—¿No tienes miedo? —preguntó Angelia, tensa.

Thunderman estuvo reflexionando antes de preguntar:

—¿Qué es miedo?

—¿No temes que ellos puedan matarte y devorarte? —señaló a los ogos.

—¿A mí? —Thunderman mostró una de sus extraordinarias sonrisas—. No, no temo nada de eso. Ellos saben que siempre les he vencido. Siempre. Me han mordido en todas partes —señaló las cicatrices de sus piernas y su pecho—, pero siempre les he vencido.

Terminó de arrancar la piel del itaku, y la extendió con la parte interna expuesta a la luz solar. Se oía el zumbido de insectos revoloteando sobre el cadáver del itaku, Thunderman volvió a acuclillarse ante el animal, y arrancó con sus fortísimas manos una tira de carne que comenzó a comer parsimoniosamente. Miró a Angelia y dijo:

—No siempre podrás comer carne de itaku. Has tenido suerte de que haya podido cazar éste para quitarle la piel.

—¿Lo has cazado para darme su piel, para que no tenga frío por las noches?

—Hace tiempo que no comía itaku —encogió los hombros Thunderman—. Y hay que comer itaku siempre que se puede. Da fuerzas.

—Yo nunca comeré itaku.

—A lo mejor si comías itaku te saldrían otras alas.

—No —rechazó Angelia—. Las alas cortadas nunca vuelven a salir, a menos que la angélida o el angélido sea amado de modo especial, como nunca ha sido amado ningún ser.

—No entiendo lo que estás diciendo.

—Es una leyenda que tenemos los angélidos. Pero tú no puedes

comprenderla, porque no sabes lo que es amar.

—¿Qué es amar?

—No sabría explicártelo. Y tú no podrías comprenderlo aunque yo supiera explicártelo. Esas cosas sólo se comprenden cuando se sienten.

Thunderman asintió, aunque estaba bien claro que no en tendía nada. Terminó de comer, se limpió la sangre de las manos frotándolas contra la roca porosa, y miró a Angelia.

—¿Estás segura de que no quieres itaku?

—No, no quiero. Nunca comeré itaku.

Una vez más asintió Thunderman, y miró a los ogos, cuyos gemidos parecían llantos. Thunderman fue a sentarse junto a Angelia, y gruñó algo. Al instante, la manada de ogos se abalanzó sobre el itaku, cuya carne desapareció en menos de tres minutos, ante el sobrecogimiento de Angelia, que se había abrazado a Thunderman. El esqueleto del itaku quedó completamente limpio de carne, tronchado, astillados sus huesos, cuyo tuétano fue también ingerido por los ogos. El hambre de los ogos era tal que, ya casi devorado también el esqueleto del itaku, se acercaron a la piel, pero Thunderman emitió un sordo gruñido, y los ogos salieron disparados, alejándose con los rabos casi arrastrando por el suelo.

—Nos vamos —dijo Thunderman.

—Tengo hambre —dijo Angelia.

El gigante la miró perplejo.

—¿Por qué no has comido itaku?

—Prefiero fruta.

—Ya comerás por el camino. Ahora nos vamos.

—¿Adonde?

—Vamos a buscar a tu madre. Quiero que ella me diga todas las cosas que sabe de mí y de ella. Quiero que me diga qué es la Tierra y dónde está, para ir allá. Quiero que me diga por qué tú y yo, que nunca nos habíamos visto ni oído, podemos entendernos. Quiero que me diga qué es inglés y por qué yo sé hablarlo contigo, si nunca antes lo hablé... Quiero saber qué soy yo.

—Ya te he dicho yo que eres un hombre de la Tierra, y que nunca podrás volver allá. Nunca, Thunderman.

—Si vine aquí podré volver allí.

—No, porque no tienes la nave, que además se estrelló.

—¿Eso qué quiere decir?

—La nave cayó como un pájaro herido, y ya nunca podrá volver a volar.

—Eso lo entiendo. ¿Dónde está la nave?

—Yo no lo sé.

—¿Lo sabe tu madre?

—Ella siempre me decía que si la dejasen libre los angélidos seguramente podría encontrarla.

—Entonces vamos a buscar a tu madre. ¿Sabes dónde está?

—No exactamente, pero podríamos encontrarla. Aunque de nada nos serviría, porque está en la zona de castigo de los angélidos, y nadie puede entrar en esa zona si los angélidos no se lo permiten. Y menos todavía salir... Nada podemos hacer.

Thunderman se irguió en toda su impresionante estatura.

—Vamos a buscar a tu madre —dijo.

—Estoy herida en el cuerpo y en los pies. No podré caminar.

Thunderman estuvo reflexionando unos segundos antes de decir:

—Estaremos aquí tres luces de Oooh, para que la piel del itaku se seque. Entonces iremos a buscar a tu madre.

—En tres días mis pies no estarán bien.

—Sí, estarán bien.

Thunderman volvió a acuclillarse, agarró un pie de Angelia, y ésta tuvo que tenderse boca arriba, debido a lo forzado de la posición de su pierna. Thunderman estuvo examinando atentamente sus heridas en los pies. Luego comenzó a lamerlas.

* * *

Estaba acurrucada contra él, sintiendo su calor, como la noche anterior. No tenía frío en absoluto, pero no podía dormir, porque se lo impedían los pensamientos. Pensaba en que durante aquel día Thunderman la había penetrado muchas veces, pero ya no había sentido dolor, y sí en cambio cada vez mayor placer interior, aquella cosa que no sabía explicar, y que ahora, recordándola, estremecía su cuerpo y la hacía desearla. Jamás se le habría ocurrido que llegaría a desear que él la penetrara. Le gustaba tanto ahora, aunque a él no se lo hubiera dicho, que de buena gana lo habría despertado para que se lo hiciera.

Pero no quería que él supiera que ahora le gustaba, y que ya no le dolía. Además, si lo despertaba él podía enfadarse. Recordó

cuando, aquella tarde, uno de los ogos se había acercado a la piel de itaku pese a las advertencias gruñidas de Thunderman. Finalmente, éste había agarrado al ogo por la piel del cuello, lo había volteado, y lo había lanzado tan lejos y con tal fuerza que el animal había muerto. Y otro ogo que había intentado atacar directamente a Thunderman había muerto de un golpe en la cabeza que lo había dejado fulminado en el sitio... La sola idea de recibir un golpe de Thunderman estando éste enfadado con ella aterró a Angelia.

Oía el fortísimo latir del corazón del hombre. Buscó con la mano hasta encontrar su virilidad, que acarició, y que reaccionó en seguida pese a que Thunderman seguía durmiendo.

De repente, él dejó de respirar fuertemente, y se hizo el silencio. Angelia quedó paralizada de terror. ¡Lo había despertado! Sabía perfectamente que él estaba despierto porque entonces respiraba de otra manera. No se atrevía a moverse. Pensó que si permanecía quieta quizá él creyera que le había tocado casualmente moviéndose en sueños, y no se enfadaría. O quizá no se enfadase porque ella le despertara. A fin de cuentas, él lo había hecho siempre que había querido, de modo que si era ella la que quería hacerlo también tenía derecho a pedírselo, ¿no es cierto?

Y de repente, Angelia comenzó a oír aquel leve rumor por el suelo.

Era como si alguien o algo estuviese rascando el suelo: ris-riiiis, ris-risss, ris-riiiis...

Angelia abrió los ojos, y no pudo contener un respingo fortísimo de sobresalto. Toda la gruta estaba llena de luces amarillas. Luces amarillas triangulares...

—No grites —susurró Thunderman—. No hagas movimientos bruscos. Tenemos que salir de aquí muy despacio.

Él la apartó, y comenzó a ponerse en pie, en efecto muy despacio. Angelia podía verlo perfectamente, como teñido de amarillo, porque toda la gruta estaba ahora iluminada, y cada vez más intensamente de aquel color. La luz provenía de los triángulos. De los ojos. Toda la gruta estaba llena de ojos amarillos triangulares. Los había por todas partes: en el suelo, en las paredes, en el techo, florando ante ellos, delante mismo de su rostro... La iluminación era cada vez mayor, más intensa. Era como si dentro de

cada pupila amarilla se estuviera haciendo de día.

Thunderman estaba acuclillado ahora, y le tendía la mano. La ayudó a ponerse en pie, muy despacio. Angelia tenía la sensación de que no podría terminar de ponerse en pie. Sólo veía ojos. Ojos y nada más que ojos, y era la sensación más horripilante que había sentido en su vida. Ahora el ris riiisss se oía también en las paredes y en el techo.

Ya de pie los dos, Thunderman la tomó en brazos, y caminó hacia la boca de la gruta por entre cientos de ojos amarillos que proporcionaban un resplandor que ya resultaba cegador. Hubiese querido preguntar qué era aquello, pero el miedo le impedía hablar.

De pasada Thunderman agarró la piel de itaku, y Angelia comprendió que debía hacerse cargo de ella. La sostuvo pese al asco, y salieron de la gruta.

Ante ellos, toda la ladera de la montaña, toda la jungla, estaba llena de ojos amarillos que flotaban por todas partes. Era como si todos los ojos existentes en Gobo se hubieran reunido allí, y había ahora tanta luz que Angelia tuvo que cerrar sus ojos, pues comenzaban a dolerle.

—Son los ojos de los kios —dijo Thunderman en susurros—. Los kios tienen siempre miedo de todo, y envían por delante sus ojos para asegurarse de que no hay peligro. ¿Nunca has visto a los kios?

—No... No, nunca.

—Pues no tardarán en llegar..., a menos que los ojos se hayan asustado de nosotros. Entonces tal vez no vengan los kios. O tal vez tomen tanto miedo que nos ataquen y nos devoren.

—Nadie puede devorarte a ti —dijo Angelia.

—Los kios sí, porque son tantos que nunca podría matarlos a todos. Cada ojos que ves pertenece a un kio. Yo podría quizá matar muchísimos kios, pero son tantos que me cansaría de matar, y caería agotado. Entonces, los que quedasen, los que llegasen detrás me devorarían. Nadie ha escapado nunca a la voracidad de los kios cuando ellos se han asustado... Ya están llegando. Eso significa que de momento nosotros no les hemos asustado... ¿Los ves?

—No... No.

—Están por el suelo. Seguramente va a llover pronto, y ellos vienen en busca de cobijo a estas grutas.

Angelia estaba mirando el suelo, y toda su piel estaba

estremeciéndose, sentía sus cabellos de punta. Toda la ladera de la montaña estaba alfombrada de lo que parecían grandes gusanos grises que reptaban silenciosamente hacia las grutas. Ahora podía verlos perfectamente. Había tantos que no se podía ver otra cosa que gusanos, es decir, kios; algunos ojos se incorporaban a los gusanos, pero volvían a desprenderse de ellos y ascendían, se movían, iban en todas direcciones escrutando, analizando, indagando. Angelia se dio cuenta de que algunos habían llegado ya junto a ellos, y se deslizaban junto a los pies de Thunderman, que permanecía inmóvil con ella en brazos. Ahora, Angelia se sentía rodeada de un rumor de latido sin fin, mejor dicho de miles de latidos que parecían formar uno solo.

Era horripilante.

Angelia acercó su boca a un oído de Thunderman, y susurró:

—Marchémonos de aquí, por favor…

—No hagas ruido, no te muevas.

Los kios seguían llegando en cantidades increíbles, y todos trepaban arrastrándose por la montaña y se iban metiendo en la gran cantidad de grutas de todos los tamaños. A medida que se iban acomodando los gusanos en las grutas los ojos se iban reuniendo con ellos. Cada vez había menos ojos, cada vez el latido múltiple era menos fuerte.

Durante más de dos horas Thunderman permaneció allí con Angelia en brazos, sin moverse. Angelia incluso se durmió dos o tres veces, aunque por muy poco tiempo, para despertar cada vez sobresaltada. Pero todo seguía igual, allá estaba Thunderman de pie, sosteniéndola, mientras los kios, cada vez menos, iban llegando y desaparecían en el interior de las grutas. Finalmente, quedaron ya tan pocos que Thunderman se movió, descendiendo por la ladera, cruzándose con los últimos kios, con los últimos grandes gusanos, con los últimos ojos de la avanzadilla.

Y a medida que desaparecían los ojos en el interior de las grutas iba regresando la oscuridad, cada vez más densa, hasta que Angelia se dio cuenta de que aquella noche no verían nada, estuvieran donde estuvieran, porque, en efecto, iba a llover, y las nubes negras ocultaban la luz de las estrellas.

Comenzó a llover cuando estaban en la linde del bosque. Primero pocas y gruesas gotas lentas y calientes, que iban

disminuyendo de tamaño pero aumentando en cantidad y enfriándose. Con las últimas luces de los últimos ojos de los kios, Thunderman trepó a un árbol y la ayudó a ella a hacer lo mismo. Para entonces ya llovía muy seguido, y el rumor se extendía por toda la jungla, como una resonancia infinita. Thunderman había encontrado un sitio bastante cómodo, formado por el cruce de tres ramas, y se instalaron allí, él sentado sobre sus nalgas y con las piernas cruzadas, y ella en su regazo, abrazándole. Ahora llovía tanto que parecía que todo fuese agua, que la Vida sólo fuese agua, que no hubiese en el universo nada más que agua.

Angelia recordaba estas lluvias tan temidas por los angélidos, pues muchas veces se llevaban los poblados y muchos cadáveres ahogados. Cada vez que llegaban las lluvias torrenciales todos se echaban a temblar de miedo, y todavía más cuando sonaban los truenos espantosos, como los que comenzaron a oírse en la distancia acercándose. Los cielos parecían romperse en estrías lívidas cada vez que aparecían los grandiosos relámpagos. Y los truenos sonaban con tal fuerza que temblaban los árboles, las montañas, y hasta el mismísimo cielo que los creaba.

Pero Angelia oía reír a Thunderman cada vez que sonaba un trueno especialmente fuerte. Era una risa tranquila y feliz, como de niño. Una risa fuerte, limpia, sin temor alguno. Entonces Angelia se abrazó bien al cuerpo caliente de Thunderman y se durmió.

CAPÍTULO IV

Estuvo lloviendo durante diez luces de Oooh, es decir, durante diez días de Gobo. Llovió sin parar, sin intermitencia alguna, caudalosamente en todo momento, y nunca cesaron los truenos y relámpagos. Por debajo de los árboles donde se habían instalado Thunderman y Angelia pasaban cadáveres de animales, y hasta vieron los de algunos groms arrastrados por la tremenda riada. En la oscuridad hecha de agua negra la ladera de la montaña se veía en ocasiones llena de ojos que miraban al exterior. Los kios, protegidos en las grutas, no dejaban de enviar sus ojos a vigilar posibles contra tiempos o riesgos mayores.

Durante esos diez días, Thunderman estuvo lamiendo las heridas de Angelia, incluso las de la espalda, y Angelia se sentía ya muy bien. Durante el día comían frutas, hablaban en inglés o hacían cópulas incesantes. Angelia ya no podía ocultar que le gustaba muchísimo, pero todavía nunca se había atrevido a ser ella la que se lo pidiese a Thunderman, el cual, por otra parte, simplemente lo hacía cuando quería, sin mayor importancia, hasta el punto de que, en el fondo, Angelia comenzó a sentirse enfadada con él.

Al undécimo día vieron a Oooh durante unas pocas horas. Al duodécimo prácticamente todo era normal. Al decimotercero vieron pasar a los ungos, que eran los seres más extraños que ellos dos conocían en Gobo, pues no tenían ni ojos ni cerebro. Eran seres parecidos a los kios, pero mucho más grandes y con extremidades para desplazarse. Los ungos nunca sufrían, eran seres que no sentían ni dolor ni placer, nunca sentían nada, eran la inutilidad de la Vida, como simples hongos o esporas, sólo que deambulaban por sus propios medios, en un silencio hecho de hedor y del vacío.

—En cambio —dijo Angelia—, yo he estado comunicándome con las piedras del Valle de Numk. ¿Has estado en el Valle de

Numk?

—Sí.

—¿Y qué te decían las piedras?

—Yo les contaba a ellas cosas de Gobo —aclaró Thunderman—, y ellas sentían pena por no poder desplazarse para ver tantas cosas. Me pidieron que las llevase lejos de su valle, y eligieron a dos de ellas para que me acompañasen, pero cuando estábamos lejos de Numk las dos murieron.

—¡Nunca había visto una piedra muerta! —exclamó Angelia.

—Sí, murieron. Las devolví al Valle de Numk, y todas las demás piedras estaban tristes. Les dije que si alguna vez encontraba el modo de llevarlas a ver muchos sitios de Gobo sin que murieran volvería a buscar algunas de ellas.

Al decimocuarto día llegó la alarma.

Talmente pareció que la luz de Oooh se apagase, o que la noche se estuviera presentando tan rápidamente como nunca antes había sucedido en Gobo. Todo comenzó a presentar un tono oscuro cada vez más intenso que resultaba sobrecogedor, acompañado de unos fuertes chapoteos en el barro que todavía quedaba en abundancia...

—Son los voks —dijo de pronto Thunderman.

Angelia lanzó una exclamación de temor, y comprendió en el acto el motivo por el que todo estuviera ahora negro y siniestro: era el reflejo del sol Oooh en las alas córneas e inútiles de los enormes bichos negros llamados voks, que eran (según recordaba que le contó una vez su madre antes de que las separasen) una especie de horripilantes seres mezcla de araña y escarabajo, provistos de grandes ojos que nunca veían más allá de la extensión de sus antenas táctiles, con las que lo iban reconociendo todo, palpando todo cuando encontraban a su paso. Eran tres veces más grandes que el más grande los itakus, pero mientras éstos inspiraban simpatía por su rostro hermoso y grandes ojos, los voks inspiraban siempre el más grande terror a todas las criaturas que se cruzaban con ellos, pues las devoraban a todas...

—No te muevas —dijo Thunderman—. Puede que algunas de sus antenas lleguen hasta aquí, pero quizá no nos toquen. En cambio, si nos movemos nos oirán..., y hay demasiado barro todavía para poder correr.

Permanecieron inmóviles.

Cada vez se oía más fuerte el chapoteo de las largas patas de los voks en el barro. Mucho, muchísimo tiempo atrás, las alas de los voks habían sido de textura carnosa y muy hermosa, y entonces los voks podían volar, y su color negro no se reflejaba, así que eran criaturas como otras cualquiera de Gobo. Pero un día los voks persiguieron y mataron por capricho una bandada de pequeñas y hermosísimas akunias, y llenaron el cielo de las bellas plumas de estos cándidos animales, y entonces Oooh los castigó quemándoles las alas con la fuerza de sus rayos y arrojándolos al suelo, donde murieron a cientos. Los que sobrevivieron a la durísima caída se multiplicaron normalmente, pero sus alas ya no funcionaron nunca más, y no sólo eso, sino que comenzaron a reflejar su negro color adonde quiera que fuesen, para que todas las criaturas de Gobo supieran siempre cuándo se acercaban los voks y tuvieran tiempo de ponerse a salvo.

Muy poco tardaron en aparecer los voks, enormes, bamboleándose sus cuerpos sobre las largas patas delgadas provistas de anchos asentadores circulares que eran los que producían el chapoteo en el barro; sus largas antenas iban por delante, palpando todo cuanto se ponía en su camino, metiéndose por entre el follaje, buscando allá donde la mirada de sus grandes ojos rojos y saltones no alcanzaban di rectamente.

Pero si ver a los voks era ya un tremendo sobresalto, lo que vieron cabalgando sobre sus alas paralíticas, armados de palos, piedras y otras armas contundentes o arrojadizas, los produjo si cabe mayor sobresalto: los groms. Los groms habían conseguido una alianza con los voks, se habían unido para emprender una búsqueda que Thunderman sabía que jamás terminaría. Mientras tuviesen vida los groms buscarían al ugakonoboro que les había vencido y había matado a su jefe, el temible y cruel Omogloy, de una pedrada en un ojo...

Pero no. Omogloy no había muerto. Thunderman captó el respingo mal contenido de Angelia, y ella le señaló en dirección a uno de los voks. Sobre el más gigantesco de estos escarabajos-araña iba montado Omogloy, son su arma insólita que cortaba todo cuanto tocaba. Ahora era tuerto, pero estaba vivo, y su aspecto era más terrible que nunca. Pese a la oscuridad creada por las alas muertas de los voks, Thunderman y Angelia pudieran ver cómo se

movían los gusanos gigantes que vivían en la sima del ojo reventado de Omogloy; enormes gusanos que se agitaban sin cesar, formando como una cascada en un lado del horrendo rostro de Omogloy; gusanos que sin duda habían sido paridos por la propia podredumbre de la carne de Omogloy reventada y lacerada por la piedra que el hermoso ser de otro planeta le había arrojado.

La imagen era tan absolutamente espeluznante que incluso Thunderman permaneció en un inmóvil sobrecogimiento. Estaban tan quietos como si estuviesen muertos. Y ni siquiera se movieron cuando las largas antenas de uno de los voks que pasaba por debajo de ellos se aproximaron a sus cuerpos, y estuvo palpando con su sensible punta el tronco del árbol, las ramas y las hojas, pasando varias veces a escasos centímetros de sus cuerpos como petrificados. Angelia permanecía abrazada a Thunderman, y éste notaba la tensión en la carne de la muchacha, la rigidez de sus músculos.

Pero, finalmente, los groms pasaron, se alejaron a lomos de los voks, dejando tras ellos cientos de gruñidos que hacían huir a toda criatura viviente, pues si de por sí los voks y los groms por separado ya eran malvados juntos eran algo que ninguna criatura del planeta Gobo podría soportar. De modo que se fueron los voks y los groms, y fue regresando la luz normal de Oooh al lugar donde todavía no se atrevían a moverse Angelia y Thunderman. Por fin, él suspiró fuertemente, y dijo:

—Los groms nunca dejarán de buscarnos a partir de ahora. Aunque los que ahora están vivos muriesen, aunque muriese Omogloy, todos sus descendientes y los descendientes de todos los groms actuales seguirán buscando a Thunderman y Angelia. Y mucho me temo que con el tiempo irán consiguiendo cada vez más aliados de entre las criaturas malvadas de Gobo. De modo que lo mejor que podemos hacer es ir en busca de tu madre, y cuanto más lejos esté de aquí será mejor para nosotros. ¿Podrás caminar ahora?

—Sí.

—Bien. Tú eres quien ha de indicar el camino.

—Lo mejor será que vayamos en primer lugar al poblado donde los groms exterminaron a mi tribu. Quizá encontremos a algún sobreviviente que pudo esconderse, y si quieres nos dirá dónde está exactamente mi madre.

—Si lo sabían los de tu poblado… ¿cómo es que no lo sabes tú?

—A mí nunca me quisieron los angélidos, porque no soy como ellos. Me toleraban en la tribu porque mi padre, Akak, era muy poderoso; pero nunca me amaron, y aunque los angélidos suelen ser muy bondadosos de natural, muchos de ellos se alegraron cuando deportaron a mi madre y me quedé sola... y creo que estaban esperando que falleciese mi padre, ya muy anciano, para enviarme también a la zona de castigo.

—¿Y todo eso por qué?

—Porque no soy exactamente como ellos. Soy tan horrible comparada con ellos que se avergonzaban de mi presencia en el poblado.

—Es una lástima que ninguno te ame, porque entonces podrías recuperar tus alas.

—Eso es una leyenda —bajó la mirada Angelia—. Además, ni yo soy una angélida, o sea que de todos modos esa leyenda no se cumpliría conmigo, ni seré amada nunca, por lo que nunca recuperaré mis alas.

—Pues entonces camina —dijo Thunderman—. Vamos a ir inmediatamente al poblado donde estuviste viviendo sin ser amada nunca.

* * *

Tardaron veinte días en llegar, porque los pies de Angelia, aunque ya estaban bien del todo, no se habían endurecido lo suficiente, lo que fue no poco difícil, ya que, acostumbrada a volar hasta que los groms le cortaron las alas, sus pies habían sido siempre delicados y frágiles, útiles tan sólo para pequeños desplazamientos dentro del poblado. Todavía, en ocasiones, volvían a sangrar, pero Thunderman se los lamía, y las heridas cicatrizaban siempre muy rápidamente. En ocasiones Thunderman la llevaba largos trechos sobre sus musculosas espaldas, sin cansarse jamás; o bien la hacía viajar por los árboles cuando llegaban a selvas cuya espesura a nivel del suelo era sencillamente impenetrable.

Puesto que tuvieron que dar algunos rodeos para no encontrarse con los groms y los voks, pasaron por lugares inquietantes y hermosos. Bordearon enormes charcas de barro hirviente, cruzaron lugares paradisíacos, caminaron lentamente por desiertos de hielo, tuvieron que saltar barrancos cuyas profundas gargantas se perdían en simas interminables, divisaron las montañas azules que jamás

podrían ser erosionadas por ningún elemento, esquivaron las grandes montañas que siempre escupían bocanadas enormes de fuego... Angelia ya no sentía temor alguno ante Thunderman, y en ocasiones se escondía para verlo enfadado buscándola, o le tiraba frutas a la cabeza, o se escapaba ágilmente cuando él le decía «ponte bien», simulando que ella no deseaba hacerlo, resistiéndose tanto en algunas ocasiones que Thunderman tenía que golpearla, la agarraba entonces con sus fuertes manos, y la penetraba furiosamente..., mientras Angelia cerraba los ojos y escondía el rostro a las miradas de Thunderman para que éste no se diese cuenta de cuantisimo le gustaba a ella que él la usara como mujer, fuese con golpes o sin golpes. Le gustaba tanto, y cada vez más, que se preguntaba cómo era posible que aquel bruto no se hubiera dado cuenta, ni se hubiera dado cuenta de que por las noches, cuando él dormía, ella le acariciaba la dura piel llena de cicatrices producidas por bestias salvajes y caídas y la besaba y la mordía muy despacio, en los hombros, en el pecho, en los enormes brazos cuya musculatura parecía capaz de mover incluso las enormes montañas que escupían fuegos...

Cuando llegaron al lugar donde había estado el poblado de los angélidos apenas quedaba nada reconocible, en parte debido a la acción devastadora de los groms y en parte, y sobre todo, a las lluvias de días atrás, que habían barrido todo vestigio de vida y viviendas. Angelia se puso a llorar, y Thunderman la miró molesto.

—Me irrita verte llorar —gruñó—. ¿Por qué lloras ahora? Que yo sepa no te he golpeado.

—No lloro por ti, ni por mí, sino por los angélidos, por que yo los amaba a pesar de todo, y ahora ya no hay angélidos, y seguramente nunca más habrá angélidos en el planeta Gobo.

Thunderman estuvo mirándola como perplejo unos segundos. Luego desvió la mirada hacia un grupo de peñas con árboles entre ellas, y desenrolló su honda, sacó del zurrón una de las piedras marmóreas, la colocó en la cazoleta y se quedó vigilante, como una fiera que jamás duerme. Angelia comprendió muy pronto la actitud de Thunderman cuando vio aparecer a los angélidos. Eran seis o siete nada más, y parecían asustados y enfermos, pese a lo cual Thunderman comenzó a voltear la honda sobre su cabeza.

—¡No! —pidió Angelia—. ¡Son los angélidos, Thunderman!

Este se quedó mirando incrédulamente a aquellos seres extraños, y desagradables y famélicos que se iban acercando ahora que Angelia les hablaba dulcemente. El ceño de Thunderman estaba fruncido. ¿Cómo podía decir Angelia que ella era horrible comparada con los angélidos? Era precisamente todo lo contrario. Ahora que los tenía más cerca pudo ver algunas de sus alas mustias, y veía bien sus cuerpos flacos, sus piernas delgadísimas, sus cuerpos esmirriados y tubulares, sin forma alguna, sus brazos cortos y delgados, tan frágiles que a buen seguro ni siquiera les debían servir para subirse a los árboles. Además, no tenían vello en la cabeza, y ni siquiera en sus sexos tanto los machos como las hembras, lo cual le pareció a Thunderman propio de animales, y le hizo convencerse definitivamente de que a él le gustaba muchísimo el velludo sexo de Angelia, y su hermosa cabellera cada vez más larga y espesa, rizada, y llena de aromas cuando hacían el coito en los campos húmedos de lluvia… No había comparación posible en cuanto a belleza entre Angelia y los angélidos puros, de modo que Thunderman se molestó con Angelia por considerarse horrible, y se alejó, perdiéndose en la jungla.

Regresó tres días más tarde, cargado de frutas y de pequeños animales cuya carne era tierna, delicada y exquisita, convencido de que a Angelia le gustarían. Pero lo único que hizo Angelia al verlo fue lanzar un grito de alegría y correr hacia él, abrazándole fuertemente y haciéndole perder toda su carga de manjares. Thunderman la apartó con un gruñido, vio sus ojos llenos de agua, y masculló:

—¿Por qué lloras ahora?

—Creí… creí que te habías marchado… para no volver nunca junto a mí.

—Eres mi hembra —movió él la cabeza; miró torvamente a los silenciosos angélidos expectantes, y dijo—. Y eres mucho más hermosa que los angélidos, de modo que nunca más vuelvas a decir que eres horrible. ¿Sabes ya dónde está tu madre?

—Sí. Me han estado dando unas indicaciones que serán suficientes, si tú quieres llegar allá.

—Dak —señaló Thunderman la comida esparcida por el suelo—. Y cuando hayas comido iremos a ese lugar… ¿Qué haces?

Angelia, que estaba cargando sus brazos de frutas, señaló con un

gesto a los angélidos.

—Les voy a dar comida. Llevan mucho tiempo comiendo sólo gusanos y raíces, no se atreven a moverse de aquí, y no encuentran comida. Si no comen se les pudrirán las alas, y luego morirán, y ya no quedarán angélidos.

—Ellos no te aman.

—Tú tampoco me amas, y no te deseo mal alguno. Y seguiré contigo si realmente deseas tenerme como hembra.

—Está bien. Dales de comer y vámonos.

—Saldremos mañana al amanecer, porque antes de volver a dejarlos solos quiero estar segura de que han comido lo suficiente y que pueden volver a volar, de modo que entonces, ya fortalecidos, no necesitarán tu ayuda.

—Iremos a buscar a tu madre ahora.

—No —sonrió ella dulcemente—. Iremos mañana al amanecer. Así, antes de marcharnos podrás ver volar a los angélidos.

—Está bien —gruñó Thunderman.

Aquella noche, mientras la penetraba repetidamente, Thunderman tuvo la sensación vaga de que algo había cambiado en la hembra, pues sentía en sus fuertes manos, mientras la sujetaba contra sí por las caderas, unos fuertes temblores y estremecimientos de carne caliente y dócil; ya le había parecido notar eso mismo otras veces con anterioridad, pero nunca de aquel modo tan intenso… Y esto le preocupó de tal modo que la última vez, antes de disponerse a dormir, le preguntó:

—¿Estás lastimada? ¿Te sientes mal?

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque tu cuerpo tiembla mucho cuando te poseo.

Angelia, que se sentía gozosa como nunca y con ganas de reír, dijo:

—Sí, estoy un poco enferma, pero se me pasará si no me tratas mal.

Thunderman soltó un gruñido, y se durmió. Angelia se abrazó a él, aunque ahora ya tenía a su disposición la curtida piel de itaku, y se durmió también, con su rostro pegado al hirsuto y áspero vello rubio del pecho del gigante.

Al amanecer los angélidos dieron unas cuantas voladas, no sólo para complacer la curiosidad de Thunderman, sino para

convencerse de que empezaban a recuperar sus fuerzas. Thunderman estuvo mirándolos con la boca abierta. Los vio evolucionar con sus grandes alas que llegaban desde sus hombros al suelo, reflejando en su bello plumaje suavísimo la luz rosada del naciente Oooh… Los vio elevarse mucho, descender, volar paralelamente al suelo, alcanzar las copas de los más altos árboles…

Miró a Angelia, que permanecía a su lado abrazada a su cintura, y dijo:

—Es una lástima que te cortaran las alas. Debe ser agradable poder volar, tenías razón. Y ahora vámonos. ¿Te han dicho cuánto tiempo tardaremos en llegar a la zona de castigo?

—Diez luces de Oooh. Diez días.

—Bien. Vámonos.

La voluntad de Thunderman era invencible, de modo que cuando echaron a andar Angelia sabía que no habría nada ni nadie que pudiera impedir que aquel gigante llegase a la zona de castigo de los angélidos.

Durante diez días, por valles enormes, por montañas cubiertas de nieve rosada, por junglas espesas, por sabanas de dulce visión, se estuvo oyendo la risa de Angelia, y durante la noche sus suspiros cada vez más fuertes parecían quedar prendidos en las flores, las piedras y los árboles, y hasta sumergirse en las aguas de los arroyos para quedarse a vivir allí para siempre. Sus pies estaban ya muy fuertes, y sus piernas adquirieron gran resistencia, y sus caderas se endurecieron. Durante el día no utilizaba la piel, de modo que iba desnuda completamente salvo el taparrabos que le había hecho Thunderman «para que no le entrasen bichos», y sus pechos blancos, grandes y hermosísimos adquirieron un color rosado profundo que contrastaba bellamente con el de los grandes pezones. En ocasiones, su larguísima cabellera se enredaba de tal modo en la maleza que Thunderman tenía que cortarle mechones utilizando las piedras afiladas con las que de cuando en cuando se cortaba el vello del rostro; pero cuantos más cabellos le cortaba a Angelia más cabellos le nacían, y a veces, cuando se tendían a descansar, Thunderman hundía el rostro entre los bellísimos pechos de Angelia, y ella, riendo, le tapaba con su cabellera que olía a barro, a flores, a vientos de montaña y a carne de mujer.

Tardaron once días en llegar a la zona de castigo. Y Thunderman

no necesitó que Angelia le dijera que ya estaban llegando, lo supo por sí mismo, debido a la tristeza que flotaba en el ambiente. Era un lugar en el que parecía que hubiera cosas podridas, cosas muertas, cosas tristes. Era un lugar donde sólo había piedras, un inmenso agujero desigual, roto en miles de sitios, donde parecía recogerse el sol y formar un cráter donde había aliento caliente, donde las piedras sufrían. No parecía que hubiese nada allá abajo, en aquel enorme embudo de roca viva ardiente, y desde el borde Thunderman y Angelia estuvieron mirando largamente en busca de alguna señal de vida animal.

—Cuenta la leyenda —explica Angelia—, que éste lugar es así porque había en él seres malvados a los que iko quiso castigar, y envió entonces uno de sus rayos verdes, el más grande que jamás haya caído de los cielos de Gobo. El rayo partió la tierra, hizo este enorme agujero, y convirtió en piedras a todos los seres malvados, que desde entonces están aquí abajo, recluidos para la eternidad. Por eso, a las personas que quieren castigarlas las envían aquí, para que sufran con los que sufren.

—Si a mí me trajeran aquí me escaparía —aseguró Thunderman.

—No podrías hacerlo, porque los guardianes te matarían.

—¿Qué guardianes? No veo a nadie que guarde nada, Angelia.

—Están ahí, en alguna parte.

—¿Y quiénes son? ¿Qué guardianes hay en este lugar? ¿Bestias?

—No. Son angélidos que cometieron alguna maldad y fueron castigados. Les cortaron las alas y los encerraron aquí. A algunos de ellos, menos malvados, los convirtieren finalmente en guardianes, con la promesa de que si alguna vez su grado de maldad decrecía lo suficiente serían perdonados entonces; si realmente eran perdonados, significaría que alguien los amaba lo suficiente para que les volviesen a salir las alas, y serían de nuevo aceptados.

—¿A cuántos les han vuelto a salir las alas?

—A ninguno. Todo eso son leyendas, no realidades. Cuando a un angélido le cortan las alas jamás le vuelven a salir.

—¿Aunque sean amados muy intensamente?

—Nadie es amado tan intensamente, tan... bellamente que provoque la recuperación de sus alas. Nadie sabe amar tanto, Thunderman.

Este asintió, y su gris mirada se desplazó por la inmensidad de

aquel agujero de rocas vivas que estaban sufriendo. El calor era terrible, y Thunderman y Angelia estaban transpirando muchísimo.

—Tú esperarás aquí —dijo Thunderman, tras un largo silencio —, y yo iré en busca de tu madre y volverás con ella.

—No —dijo Angelia—. Si tú bajas a la zona de castigo yo también.

—¿Por qué?

—Porque no quiero ni querré nunca separarme de ti.

Él estuvo mirándola fijamente mucho rato, como perplejo. Por fin hizo un gesto de asentimiento, y comenzó a descender. Se detuvo en seguida, al oír tras él los gemidos de Angelia, cuyos pies se estaban quemando debido al calor de la roca. Thunderman, cuyas plantas de los pies era casi cornea, recordó la fragilidad de los pies de Angelia, y entonces salieron ambos del cono de fuego, y con unos trozos de la piel de itaku Thunderman hizo delgadas tiras, con las que sujetó grandes trozos de piel alrededor de las piernas de Angelia, desde las rodillas hasta los pies.

Así cuando Angelia lo intentó de nuevo, ya no gritó de dolor, y ambos comenzaron a descender hacia las profundidades de la zona de castigo.

CAPÍTULO V

El calor era tal en aquellas profundidades de rocas ardientes que Deborah se había quedado solamente en la piel y los huesos; y aun éstos y aquélla era milagroso que no se hubieran derretido ya, como se había derretido toda la carne que algún día tuviera Deborah Garson.

Todavía, pese al tiempo transcurrido, no se había hecho a la idea de su realidad. Sin embargo, en ocasiones, le parecía que no era cierto que en algún lugar del universo existiera un planeta llamado Tierra, donde había automóviles, helados de fresa, piscinas, lechos de muelles, de lana o de plumas, casas confortables, mares refrescantes y hombres amables capaces incluso de casarse con ella, y cuando menos, de intimar en agradables temporadas de besos, risas y sexo. Le parecía imposible que existiera Nueva York, Hawai, Roma, Pekín, el tren y la televisión. Era talmente como si estos recuerdos fuesen en realidad sueños absolutamente fantásticos de su mente que se había desquiciado.

Había perdido incluso la noción del tiempo. Tal vez tuviese veinte años, quizá cincuenta, quizá quinientos, quizá un millón. Años terrestres, se entiende. Porque años goborianos sabía muy bien que llevaba diez allí dentro, en la zona de castigo. Es decir, que si su hija Angelia vivía debía tener ahora diecisiete años goborianos, que equivalían aproximadamente a la misma edad terrestre. Sí, Angelia debía tener ahora (si los angélidos le habían permitido seguir viviendo) unos dieciséis años terrestres.

Pero no. Nada de esto era cierto, no podía serlo. Ella nunca había vivido en la Tierra, ni se había llamado Deborah Garson, ni había salido del planeta azul en aquella hermosa nave de exploración espacial... Nada de esto había sucedido, ni ella se había salvado de puro milagro, ni había caído en manos de los angélidos

después de tanto y tanto tiempo de vagar por aquel planeta que tenía un sol de luz rosada, que no tenía luna pero sí estrellas y seres con alas (entre otros muchos extraordinarios de los que se había ido escapando año tras año) uno de los cuales se había encaprichado de ella y la había violado. No por la fuerza, pues ella pese a ser hembra era mucho más fuerte que los seres angélidos, sino porque ella estaba cansada de vivir sola en aquel planeta, de pasar miedo, hambre, frío y calor, de sufrir calamidad tras calamidad... Por fuerza debía estar hecha un adefesio cuando los angélidos la encontraron, pero el jefe de ellos, Akak, quiso violarla, y ella se dijo de que entre las muchas cosas malas que podían ocurrirle si continuaba viviendo en aquel planeta la menos mala era que el ser con alas la violara y gozara con ella. Es más, se las arregló para que Akak gozara tanto que quisiera retenerla a su lado y seguir haciendo el acto sexual con ella...

Lo que nunca había esperado Deborah Garson era quedar embarazada del ser angélido, e incluso parir una niña hermosísima, de negra cabellera, a la que, remedando el nombre de la raza paterna, puso el nombre de Angelia, en lugar de los absurdos nombres de los angélidos, que nada significaban.

Lástima que Angelia naciera sin alas, pues eso le había ocasionado a ella, e incluso a la niña, muchos disgustos. Y cuando, de repente, un día comenzaron a salirle las alas, y en menos de una semana las tuvo completas, la cosa empeoró, pues si hasta entonces a ella la habían conservado en parte para seguir haciendo gozar a Akak y en parte mayor para cuidar de la desvalida niña sin alas, en cuanto Angelia pudo volar los angélidos exigieron a Akak que expulsara ya de una vez por todas del poblado al ser sin alas. La petición, la exigencia, la encabezaba la compañera angélida de Akak, que la odiaba secretamente, pues se suponía que los angélidos eran tan bondadosos que no podían odiar...

¡Bondadosos...! Eran ni más ni menos como otros seres, y la prueba estaba en el odio de Kirma, la crueldad de los que querían que ella fuese enviada a la zona de castigo, la propia zona de castigo llena de prisioneros y guardianes que antes habían sido angélidos voladores y que ahora vivían cocidos en aquel infierno, con el único consuelo de tener con ellos a otros seres desgraciados, como ella, o tan malvados como ellos.

¿Y qué hacían allí? Pues, lo más terrible de todo, el más cruel de los castigos que pudiera buscarse: no hacían nada. Nada. Simplemente, estaban recluidos en aquel lugar, escondiéndose unos de otros, desparasitándose en solitario, procurando no ser vistos por los guardianes que vigilaban por los bordes del cráter para que nadie escapase... Deborah tenía el convencimiento de que era la única hembra allí, motivo por el que procuraba más que nadie permanecer escondida, ya que sabía que si los machos la veían querrían poseerla, especialmente sabiendo que había sido la hembra del poderoso Akak, y que por tanto debía resultar agradable de un modo u otro. Al principio de estar allí Deborah había sido atrapa da en numerosas ocasiones, y violada brutalmente por los reclusos perversos de los angélidos, hasta que finalmente aprendió a esconderse y hasta a defenderse, manteniendo alejados a los machos a veces incluso a pedradas y mordiscos...

Y allí estaba Deborah Garson, pensando que la existencia del planeta Tierra era sólo un sueño de ella, como los hela dos de fresa y las piscinas, cuando vio aparecer, recortándose sobre una roca contra el cielo, al gigante de impresionante musculatura y hermosa cabellera larga y rubia.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Deborah, poniéndose en pie.

Debía ser otro de sus sueños, porque aquel ser no se parecía a ninguno de los muchos que ella había conocido en Gobo, y en cambio era idéntico a los hombres de la Tierra. Era como soñar con el apuesto e invencible príncipe de los cuentos de hadas de su niñez, era como ver aparecer una flor del interior de una boñiga de kobo, aquella especie de grandes toros de Gobo. O en todo caso, pensó Deborah rápidamente, tal vez era un truco para hacerla salir de su escondrijo y violarla. Y no pensaba salir de allí de ninguna manera, porque había encontrado el escondrijo ideal, en el que podría vivir muchos años sin dejarse ver, ya que había muchos escarabajos para comer y una roca rezumante de agua caliente y como sulfurosa que le bastaba para beber...

Mas también apareció otro ser junto al gigante rubio, y entonces nada más ver aquella negra cabellera enorme y espléndida, llena de rizos, Deborah lanzó el grito que brotó directo de su corazón:

—¡Angelia!

Su voz sonó como algo abrasado y roto en aquel silencio hecho

de piedras y fuego, como el quejido de una caña al romperse, como el desgarrarse de una piel petrificada por la inmovilidad. Pero se oyó, y el gigante rubio y la hermosa muchacha de la inmensa cabellera negra volvieron la cabeza hacia la gruta, y la muchacha vio a Deborah en la boca de la gruta de fuego, y exclamó:

—¡Mamá!

Deborah Garson ocultó el rostro entre las manos, y rompió a llorar con un desconsuelo increíble, porque estaba segura de que esto no podía ser cierto, y se convenció entonces de que finalmente se había vuelto loca, y por tanto era mejor morir... Pero al poco, sintió las suaves manos en sus muñecas, y sus manos fueron apartadas de su rostro, y vio los grandes ojos redondos que identificó, igual que había identificado la inconfundible cabellera, como pertenecientes a Angelia, su niña, su pequeña Angelia, habida con Akak, el jefe del poblado de los angélidos...

—Mamá, no llores —oía la voz que había dejado de oír diez años atrás—. No llores, soy Angelia. Y él es Thunderman, mi hombre.

Deborah veía por entre lágrimas el rostro de su hija, y vio también el del gigante rubio, y vio sus ojos que eran grises de tono claro, hermosos, inteligentes, tan hermosos y resplandecientes y tan redondos como los de su hija Angelia. Y entonces, al ver bien el rostro del gigante, Deborah exclamó:

—¡Comandante Derek!

Thunderman la miró desconcertado, miró a Angelia, y luego señaló hacia lo alto de las rocas, diciendo:

—Tenemos que marcharnos pronto.

Angelia asintió, porque vio a los varios angélidos sin alas, armados de palos y piedras, que los contemplaban desde los dentados bordes de las rocas infernales. Algunos de ellos comenzaron a descender en su busca, con lo que cometían una gran imprudencia, pues Angelia había visto hacía muy poco a Thunderman apartando a garrotazos a otros guardianes que habían pretendido impedirles el paso hacia lo profundo de la zona de castigo. Ahora Thunderman estaba colocando una piedra en su honda, y comenzó a voltearla en cuanto los angélidos desalados comenzaron a arrojarles piedras desde una distancia excesiva.

¡Fiiuuuu!, silbó en el aire muerto y caliente la piedra lanzada

por Thunderman. Acertó en el pecho a uno de los guardianes, y el pecho se hundió, crujió, se rasgó, y dejó escapar un pequeño borbotón de sangre dorada. Thunderman puso otra piedra en su honda, y de nuevo disparó. A más de setenta metros la cabeza de otro guardián que gritaba lleno de furia y odio reventó como una fruta madura caída de la altura del árbol...

—Vamos, mamá —decía Angelia—. Caminemos detrás de él.

—No —se encogió Deborah—. No, no, no... Nos atraparán, y entonces me violarán...:, y me maltratarán... ¡No quiero que a ti te maltraten!

—Nadie me maltratará mientras Thunderman esté conmigo —dijo suavemente Angelia—. Sigámosle. Ya verás que yendo detrás de él saldremos de este lugar. No temas nada.

¡Fiuuu!, silbó la tercera piedra lanzada por Thunderman. Y otro enloquecido guardián saltó hacia atrás con la cabeza reventada, dejando en el aire un breve grito de hondo dolor. Tan certera era la puntería de Thunderman que, por fin, los guardianes tuvieron que comprenderlo, y entonces desaparecieron del alcance de las piedras marmóreas que disparaba el ugakonoboro. Este señaló hacia los dientes de roca encima de los cuales refulgía el cielo celeste. Dijo:

—Salgamos antes de que el calor nos mate.

—Dios bendito —dijo Deborah—. ¡Es el comandante Derek!

—Soy Thunderman —dijo éste—, hijo de opo, el trueno.

—¡Oh, no! ¡Eres el hijo del comandante Derek y de la capitana Sheila Maxwell! ¡Naciste en la nave que...! ¡Cuánto te pareces a tu padre, aunque seas mucho más alto y fuerte que él!

Thunderman estuvo mirando largamente los ojos de Deborah, y por fin asintió y dijo:

—Te hemos buscado para que me hables de eso. Pero ahora tenemos que salir de aquí cuanto antes. Seguidme.

Inició la escalada, él regreso a los bordes de roca desde los cuales tendrían que desandar el camino. Angelia ayudaba a su madre, y Thunderman encabezaba la marcha, vigilante, llevando la honda preparada en la mano derecha y el garrote en la izquierda...

Y fue esta arma la que tuvo que utilizar cuando, de pronto, de un repliegue de rocas, comenzaron a aparecer angélidos desalados provistos de piedras, troncos y cuchillos de piedra con los que quisieron descuartizar a Thunderman. Pero si con la honda el

gigante era peligroso con la rama de árbol en sus manos se convirtió en un huracán de muerte que puso trémolos de espanto en los gritos de los guardianes. Manejando el enorme garrote ora con una mano ora con las dos, Thunderman daba golpes a diestro y siniestro, con una facilidad increíble. Para mover aquel garrote habrían sido necesarios dos angélidos, pero Thunderman lo manejaba como si fuese una simple ramita, y con sus golpes aplastaba cabezas, partía piernas, brazos y pechos, y lanzaba cadáveres y seres inutilizados para siempre lejos de sí, mientras emitía un sordo rugido que parecía interminable, talmente como si su pecho fuese una caverna en cuyo interior habitasen mil fieras inagotables.

Dejando el lugar lleno de cadáveres y de tronchados y gimientes guardianes, los desalados angélidos optaron finalmente por emprender la fuga, y Thunderman pareció olvidar se completamente de ellos y de nuevo señaló hacia lo alto.

—Sigamos —dijo entre fuertes resoplidos, agitado el descomunal pecho de increíble atleta.

Nadie más se atrevió a molestarlos. Desde mil rincones, triangulares ojos estuvieron observando a los tres seres de ojos redondos qué caminaban por las ardientes rocas, escalándolas en busca de la boca del enorme cráter en cuyo borde dentado y ardiente podían percibirse las leves brisas frescas procedentes de las junglas. Algunos deportados en la zona intentaron salir aprovechando el camino que habría el ugakonorobo, pero los guardianes aparecieron de nuevo, y se originó una batalla de la que Thunderman y las dos mujeres se desentendieron para seguir su escalada.

Cuando llegaron arriba, y Deborah Garson vio el campo abierto, las manchas verdes de la jungla, y sintió en su cuerpo deshidratado el frescor del aire, rompió a llorar con tal desconsuelo que ni siquiera tuvo fuerzas para seguir caminando, de modo que Angelia tuvo que pedirle a Thunderman que llevase a su madre en brazos, a lo que el gigante accedió en el acto.

Al llegar la noche, ya lejos de la zona de castigo, Deborah estaba a punto de morir de frío, pues el contraste entre la temperatura nocturna de Gobo y la del infierno en el que había estado recluida era enorme; en la zona de castigo el calor del día era tal, y se

acumulaba de tal modo en las rocas, que ni siquiera de noche se percibía el más leve frescor que aliviase la piel.

—Si no encendéis fuego me moriré —dijo con voz llena de temblores y castañeteo de dientes Deborah.

—Nadie salvo iko puede encender fuego —dijo Thunderman—. Iko es el fuego.

—No —intentó reír Deborah—. ¡Nunca quise decírselo a los angélidos, como venganza por no amarme a pesar de que tuve una angélida más hermosa que todos ellos, pero se puede encender fuego sin ser iko, hijo mío…! Toma dos de esas piedras que llevas en el zurrón, y haz lo que yo te diga…

Muy poco después, con las chispas que brotaron de las piedras al ser golpeadas una contra otra, y siguiendo las instrucciones de Deborah de conseguir ramitas delgadas y muy secas, Thunderman encendió fuego por primera vez en su vida, y esto le hizo quedar sombrío, pues comprendió que hasta entonces había estado viviendo como un animal, o poco mejor que los animales con los que durante tanto tiempo había sostenido tremendas luchas a brazo partido.

El frío de Deborah, aun con el fuego ante ella, era tan intenso que no se aliviaba ni siquiera estando envuelta en la piel de itaku que había quedado después que Thunderman le hiciera el calzado a Angelia. Durante toda la noche Deborah estuvo tiritando, confortada escasamente por la piel y el fuego, pero contenta de tener a su hija a su lado. Quiso contar muchas cosas, pero la voz le temblaba tanto como todo el cuerpo, y ni Angelia ni Thunderman podían entenderla bien. Sin embargo, Thunderman entendió las suficientes cosas para que en su mente, con ayuda de las palabras de Deborah, se fuesen completando las confusas imágenes y sonidos que desde siempre había tenido dentro de la cabeza…

* * *

—Míralo cómo sonríe, Malcom… ¡Parece que le guste el estampido de los truenos!

—Pues a mí no me gusta nada. Esos truenos que percibimos con los sensores son sencillamente espantosos. ¡Los de la Tierra parecen llanto de niño en comparación!

—Pues al niño le gustan… Podríamos ponerle Thunder.

—No es nombre para una persona, Sheila, querida.

—Pero es bonito. Y si le gustan los truenos... Míralo, está riendo. Nuestro hijo va a ser un niño extraordinario, Malcom, se diría que no va a temer a nada ni a nadie... ¡Tienes que complacerme en esto, tenemos que ponerle de nombre Thunder!

—¿Te imaginas un niño llamado así? Cuando volvamos a la Tierra y...

—¿Qué más da un nombre que otro? Y además... quizá nunca podamos volver a la Tierra. Hace ya tiempo que estamos navegando por zona espacial no cartografiada, hemos perdido todo contacto con la Tierra..., y ahora esta tormenta increíble que están captando los sensores. ¡Qué más da cómo se llame nuestro hijo, si todos vamos a morir!

* * *

—Ahí lo tienes: ése el lugar donde se producen las tormentas que estamos escuchando desde hace más de doscientos cuarenta horas. Es un planeta no clasificado, y según informa Jim su tamaño es cien veces el de la Tierra. No parece haber en él más que esas tormentas interminables... ¡No has debido traer al pequeño a esta sala de controles, Sheila!

—Se ha despertado, y precisamente donde está más tranquilo es en este lugar. ¡Y no quiero dejarlo solo!

—Está bien. Nosotros hemos...

—¡Comandante!

—¿Qué ocurre, Jim?

—¡El campo gravitatorio de ese planeta es enorme y poderosísimo! ¡Está atrayendo la nave de tal forma que se han producido averías súbitas en los sistemas de estabilización! ¡Nos vamos a estrellar!

—¡Hay que intentar...!

—¡Es inútil, comandante! ¡Ese planeta es enorme, y su fuerza de atracción es superior a todo cuanto hemos conocido hasta ahora! ¡Nos está atrayendo irremisiblemente!

—Tenemos que intentar frenar al máximo la colisión! Es indudable que debajo de esas nubes de tormenta interminable tiene que haber una masa sólida, así que si no conseguimos controlar la caída nos haremos papilla...! ¡Sheila, llévate al pequeño de aquí, ponlo en una cápsula de supervivencia y no dejes de estar en contacto conmigo por si te ordeno que la dispares fuera de la nave!

* * *

—Adiós, hijo mío. Con el lápiz láser he grabado sobre tu corazón, un corazón de amor, y la palabra MAN, para que si sobrevives puedas saber que eres un hombre y que tienes un corazón; úsalo para amar, para ser bondadoso estés donde estés. Papá dice que debo disparar la cápsula de supervivencia.:. Quizá nunca más volvamos a vernos, mi pequeño Thunder… Adiós… Adiós, mi pequeño Thunderman…

A partir de ese momento el niño de diez meses dejó de ver rostros, pero no dejó de oír voces. Se encontró en un lugar cerrado donde, precisamente, en todo momento estaba oyendo una voz bien modulada, sedante, que le decía tantas y tantas cosas. No sentía en absoluto molestia por el pinchazo del inyector alimentario de la pequeña cápsula. Perdió la noción del tiempo, del espacio, del sueño y la vigilia. Incluso llegó a perder la noción de su propia existencia… mientras seguía oyendo siempre aquella voz suave y amiga que le contaba cientos de cosas, miles de cosas… Hasta que un día, al mover un brazo, tocó algo que emitió un chasquido, y poco después, al mover otra vez un brazo desplazó algo que había encima suyo.

Fue la primera vez que vio la hermosa luz rosada de Oooh, y percibió cientos de aromas, y oyó cantos de aves y rumores sin fin. Llegó la oscuridad, y entonces sintió mucho frío. Pero fue gracias a esto, al querer hacer algo para protegerse del frío, que se dio cuenta de que podía salir de aquel lugar. Y se dio cuenta de que le costaba mucho esfuerzo moverse, tal vez debido a que sus brazos y piernas eran muy delgadas, disponían de la mínima musculatura funcional. Había estado alimentado por el inyector, pero al salir de la cápsula lo desconectó de su vena, y se encontró, diminuto, débil y frágil, completamente solo en la fría oscuridad de su primera noche verídica en Gobodoborianar, sin tener tan siquiera conciencia de que era un niño de sólo dos años, de los cuáles se había pasado catorce meses dentro de una cápsula, de supervivencia de la nave terrestre en la que habían viajado su madre y su padre. Las grabaciones de la cápsula, con información que se repetía, cada mes, habían pasado a su cerebro, pero un niño de dos años, en un planeta desconocido, jamás tuvo necesidad ni ocasión de utilizar alguno de aquellos conocimientos…, hasta que una criatura del

planeta Gobo le habló en inglés, y él respondió…

* * *

—¿Y qué pasó con la nave? —preguntó de pronto Thunderman.

Angelia y Deborah, que se habían quedado adormiladas, lo miraron como aturdidas. Sólo entonces se dio cuenta Thunderman de que había quedado completamente absorto en sus recuerdos de imágenes y sonidos que ahora comenzaban a tener sentido.

—¿Qué? —preguntó Angelia.

—Le pregunto a tu madre: ¿qué pasó con la nave?

—Se estrelló —dijo entre trémolos Deborah Garson—. Se hizo pedazos. ¡Dios mío, dos años perdidos en el espacio para terminar así cuando todavía teníamos esperanzas de encontrar el camino de regreso a la Tierra! Cuando yo recobré los sentidos estaba sola en una gran llanura, sana y salva. No podía creerlo. Busqué la nave, y encontré varios pedazos, y los cadáveres de casi todos los ocupantes. Estuve por allí varios meses, hasta que comprendí que era el lugar más peligroso de todos, pues todavía seguían acudiendo bestias de todas clases que habían visto caer la nave, cuyo nombre era «Goldlife»… ¡«Vida Dorada»! Era un nombre muy bonito, pero no nos trajo suerte…

—¿Y mi padre y mi madre?

—Todos murieron. Me enteré de que la capitana Maxwell había lanzado fuera de la nave a su pequeño, que había tenido durante el viaje, pero ya no se pudo organizar nada más, pues se perdió el control de todos los mandos de la nave, fuimos engullidos por la masa de nubes con tormentas que parecían capaces de romper los cielos…, y ya no recuerdo nada más.

—Entonces yo soy hijo del comandante Derek y la capitana Maxwell, y me salvé en una cápsula de supervivencia, en la que estuve mucho tiempo oyendo siempre aquella voz que me contaba tantas cosas… ¿Cómo es que no vi la nave cuando salí de la cápsula de supervivencia? La nave o sus restos.

—Debiste ir a parar muy lejos del lugar donde se estrelló la nave.

—¿Tú recuerdas ese lugar?

—No lo olvidaré nunca —aseguró Deborah—. ¡No podría olvidarlo aunque viviese un millón de años!

—¿Cómo es? ¿Dónde está?

—Es una llanura enorme, cubierta de vegetación azul con flores rosadas y amarillas. A un lado hay unas montañas tan altas que parece que vayan a salirse del planeta, y al otro el bosque más increíble que se pueda imaginar… Es un lugar hermoso y salvaje, donde la vida podría ser dichosa a la luz de Oooh si no existieran tantos y tantos peligros… Peligros que quizá un hombre tan fuerte como tú podría dominar, Thunder…

—Pero… ¿Dónde está ese lugar? Yo he caminado por todo el planeta, y nunca he visto nada como lo que has descrito.

—No —rió como con chirridos Deborah Garson—. ¡No has caminado por todo el planeta! Es cien veces más grande que la Tierra, es enorme… Y te diré más, te diré la última información que nos proporcionaron los sensores antes de estropearse: no es un planeta redondo, sino piramidal, y tal vez por eso, por su forma de pirámide, nunca has estado en ese lugar. Tal vez sólo hayas estado todos estos años en una sola cara de la pirámide, y seguramente, aun así, no en todas partes, pues es imposible recorrer estas enormes distancias a pie y por territorios tan indomables… Seguramente, Thunder, sólo conoces una muy pequeña parte de este planeta del cual nunca podrás marchar.

—Yo iré a la Tierra.

—No —rió tristemente Deborah—, nunca podrás ir a la Tierra: Eres un terrestre que jamás verá su planeta. Créeme, ¡jamás podremos abandonar este planeta perdido en el universo, jamás!

CAPÍTULO VI

En una cosa estuvo acertada Deborah Garson: al menos ella nunca podría abandonar Gobodoborianar, porque murió aquella madrugada, cuando el frío era más intenso, pese a que tanto Thunderman como Angelia se apretaron contra ella bajo la reducida piel de itaku, y pese a que Thunderman arrancó árboles enteros para alimentar una hoguera enorme cuya luz debió verse a distancias incalculables en la negra noche sin luna de Gobodoborianar...

Pese a estar rodeada de fuego y de calor humano, y hasta de cariño al fin, Deborah falleció, convertida en un trozo de hielo, porque sus carnes, que durante diez años habían estado en la zona de castigo de los angélidos, no pudieron soportar el frío de la noche de ninguna manera. Quedó tan helada que cuando la movieron para enterrarla su cuerpo se rompió como si estuviese hecho de verdad de hielo, y Angelia se echó a llorar cuando vio a su madre en trozos congelados, duros como las más duras piedras que Thunderman arrojaba con su honda. Pero aun a trozos, Angelia insistió en enterrar a su madre, pues no quería que fuese devorada por los ukos o los ogos.

Y así, cuando apareció Oooh resplandeciendo de belleza y dando calor y vida a todo la madre de Angelia estaba muerta y enterrada, y Angelia no podía dejar de llorar, porque había amado mucho a su madre y tenia una enorme congoja por haberla perdido después de conseguir reunirse con ella. Estaba en el centro del enorme calvero que había dejado el incendio provocado por Thunderman, y que seguía extendiéndose, abrasando una enorme zona de bosques. Seguramente seguiría ardiendo hasta llegar a los límites de charcas, lagos y pantanos, de modo que aquel lugar quedaría arrasado y maldito tal vez para siempre. Y, ciertamente, convenía abandonarlo,

pues allí no había ni comida, ni agua, ni sombra, ni nada que pudiera formar parte de la supervivencia de Angelia y Thunderman.

De modo que éste puso una mano sobre la cabeza de Angelia, y dijo:

—Tenemos que marcharnos.

—¡No quiero marcharme de aquí! —replicó furiosamente Angelia—. ¡No entiendes nada, eres un bruto, eres... eres como una bestia salvaje sin sentimientos! ¡Vete tú si quieres!

—Si te quedas aquí morirás —dijo Thunderman.

—¡Pues moriré! ¿A quién le importa?

Thunderman estuvo mucho rato mirándola en silencio, de aquel modo peculiar en él, como absorto, límpidos sus grandes ojos grises y redondos, la expresión tranquila, quieta la mirada. Estuvo mucho, mucho rato mirando a Angelia, como esperando algo de ella, pero Angelia se empeñó en mantener la cabeza baja y no mirarlo, y finalmente Thunderman recogió su zurrón, su honda y su garrote y partió en pos de las llamas que iban ensanchando cada vez más el gran círculo de muerte, el lugar donde durante mucho tiempo no podría haber nada que permitiera la vida animal, ya que nada quedaría para que éste pudiera subsistir.

Dos o tres veces Thunderman se volvió a mirar con su plácida serenidad a la hembra que un día, no recordaba cuándo, pero le parecía que hacía mucho tiempo, había desflorado a su capricho y voluntad, y que tantos momentos de placer le había proporcionado. Pero ella no le miró en ningún momento, y el gigante se fue alejando, recordando los grandes ojos negros de Angelia, su espalda sin alas, sus hermosos pechos, su rojo sexo tan bellamente velludo, sus risas, sus golpes, y sus estremecimientos de la carne cuando la penetraba. De buena gana habría regresado en busca de Angelia, la habría agarrado por la hermosa cabellera que tenía las más dulces fragancias que había percibido el gigante en su vida, y la habría arrastrado tras él.

Pero algo en su interior se rebeló contra eso, así que Thunderman prosiguió su camino, alejándose de Angelia, y ya sin volver más la cabeza para mirarla ni una sola vez.

* * *

Angelia apareció cinco luces de Oooh más tarde, cinco días solares del benefactor Oooh.

Thunderman estaba sentado en cuclillas sobre tierra removida para aminorar su calor dejado por el incendio que ya no se divisaba, y la vio aparecer caminando lentamente y tambaleándose. Se dio cuenta de que le sangraban los pies, y sólo verla comprendió que ella no había comido desde que se habían separado, y seguramente tampoco había bebido, porque no sabía buscar agua donde parecía no haberla, ella no se había encontrado sola a los dos años en plena naturaleza, como había ocurrido con Thunderman, así que carecía de los recursos y el vigor de éste.

No se movió cuando ella se detuvo a poca distancia de él y se quedó mirándolo. Simplemente, también la miró. La carne de Angelia, que ahora parecía albergar para siempre el color de Oooh, estaba hermosa a pesar de todo, pero se veía deslucida por la penalidad de aquellos cinco días. En cambio, sus hermosos ojos aparecían más resplandecientes que nunca, incluso fieros, y miraron a Thunderman con altivez. Tenía los labios secos, agrietados, pero los apretó y siguió caminando. Pasó junto a Thunderman ahora sin mirarlo, y el gigante no se movió: sólo fue girando la cabeza para mirar su larga melena cuando ella hubo pasado. Y así estuvo hasta que, más allá, Angelia cayó primero de rodillas y luego de bruces.

Entonces Thunderman la alcanzó, se acuclilló delante de ella, sin decir palabra, y escarbó en la tierra hasta desenterrar las raíces que habían quedado de árboles y plantas, y que todavía conservaban humedad. Thunderman masticó bien las raíces, con lo que el líquido que contenían pasó, a su estómago, y luego se tragó la triturada pulpa. En un momento había comido y bebido, y era fácil comprender que de este modo, con tan sencilla argucia, él podía permanecer en aquel desolado territorio todas las luces de Oooh que fuese necesario, porque sabía encontrar liquido y comida, como sabía tantas otras cosas propias de un animal salvaje que Angelia no sabía, pues su vida con los angélidos, a pesar de todo, había transcurrido mucho más apaciblemente que la de Thunderman, y no era casualidad que éste fuera un gigante de recia musculatura y cólera siempre presta a estallar si se tenía en cuenta que desde el mismo momento en que pudo comenzar a caminar con sus piernecitas inicialmente flacas y estrictamente funcionales tuvo que comenzar también a defender su vida y su sustento en condiciones casi siempre mucho más adversas que las actuales, que para él no

entrañaban peligro y ni siquiera importancia alguna.

Y finalmente Angelia también escarbó la tierra, y sacó raíces y las masticó. Luego se quedó dormida bajo la ardiente luz solar, y Thunderman escarbó hasta desenterrar muchas más raíces frescas, con las que incluso pudo cubrir el cuerpo de Angelia, librándola de las llagas que el sol le habría producido de no haber contado con aquella protección.

Angelia despertó aquella noche, y en seguida sintió en todo su cuerpo el grato calor del fuego que Thunderman había aprendido a encender haciendo brotar chispas de sus piedras. Thunderman estaba alejado de ella, siempre en cuclillas observándola. Había en el aire caliente del incendio que ya estaba muy lejos como barruntos de fieras chamuscadas a la búsqueda de comida, pero Angelia supo que ella nunca sería comida para ninguna fiera mientras Thunderman estuviese cerca. Entonces ella sintió dentro de su cuerpo una cosa mucho más cálida que el calor del fuego que sólo sentía en su piel, y sintió la tremenda necesidad de recibir en su interior la tremenda fuerza del macho que el destino había puesto en su camino. Recordó las sensaciones de hondo y grandísimo placer, vio los ojos de él fijos en, ella, y sonrió y dijo dulcemente:

—Ven... Quiero sentir tu calor, por dentro y por fuera.

Él se acercó. Tenía el ceño fruncido, y parecía no saber qué hacer. Angelia le hizo tenderse sobre ella, mordió con fuerza el hombro lleno de cicatrices de Thunderman, y susurró:

—Quiero sentirte hasta morir.

* * *

Pero no murió. Por el contrario, al amanecer siguiente Angelia parecía mucho más hermosa que por la noche, y al otro día todavía estaba más hermosa, y aún más al tercer día; y cada día estaba más hermosa, hasta que, cuando por fin llegaron al límite de las tierras quemadas y vieron los lagos y los pantanos Angelia estaba tan hermosa que no recordaba en nada al ser desvalido que había pasado angustia de hambre, sed y soledad durante los cinco días que ella había querido estar sola.

—Ahora —dijo Thunderman—, tenemos que buscar el sitio del cual nos habló tu madre.

—¿Para qué? Aunque lo encontrásemos nada tendría

importancia.

—Pero yo quiero encontrarlo, porque sé que allí hay cosas que nos ayudarían mucho a vivir mejor en Gobo.

—Ya no debe quedar nada utilizable. La nave se estrelló, debió hacerse pedazos, todo saltó y se deshizo. Y aunque encontrases algo, después de veinticinco años se habrá podrido, como tantas y tantas cosas sobre las cuales cae el tiempo.

—Pero yo quiero encontrar esas cosas de la nave «Goldlife», Angelia, porque sé que si las encuentro tú y yo podríamos ser los dueños de este planeta, por sabios y carentes de maldad. Hay en Gobo seres de todas clases que no saben lo que es la Vida; sólo viven, pero no saben lo que es la Vida. De modo que quizá nosotros podamos explicársela, y tal vez llegaría un día en que incluso los groms podrían ser seres con los que se podría convivir en paz.

—¡Claro que no! —rió Angelia.

—Sí. Yo he estado pensando mucho en esto, y sé que los seres que viven en Gobo están en un estado de evolución muy atrasada. Nosotros los ayudaremos con las cosas que aprendamos en los instrumentos de la nave, y todos vivirán mejor, y nosotros seremos los reyes de la Vida en Gobodoborianar.

—Mi madre dijo que en aquel lugar hay muchos peligros.

—En todas partes hay peligros, pero a mí nunca me han asustado, porque siempre he vivido en peligro. Y no me vuelvas a decir que no quieres venir conmigo, porque si lo haces...

—¿Qué? —desafió Angelia, riendo.

—Ponte bien —dijo Thunderman.

—¡No pienso hacerlo! —simuló enfurecerse Angelia—. ¡Siempre estás haciéndomelo, siempre me estás diciendo que me ponga bien para hacerme las cosas que te gustan a ti! ¿Por qué siempre quieres hacerlo?

—Me gusta —dijo Thunderman—. Ponte bien.

—¡No!

Thunderman se acercó a ella, la agarró por la cabellera, y la hizo arrodillarse ante él, y cuando Angelia quiso resistirse la derribó, se colocó tras ella, y como todavía se resistiera la golpeó en los riñones con uno de sus puños. Angelia quedó transida de dolor, y Thunderman la asió entonces por las caderas, la atrajo, y la penetró ansiosamente. Entonces ella se quedó muy quieta, pero al poco

Thunderman notó sus estremecimientos, y pensó que verdaderamente debía estar lastimando mucho a Angelia para que ella se estremeciese de aquel modo, y pensó que verdaderamente quizá no debía hacerle esto a Angelia, pero era algo que no podía evitar, porque cuanto más tiempo pasaba y más lo hacía más le gustaba, y cuanto más tiempo pasaba y más lo hacía más le parecía que Angelia formaba parte de su vida y que nunca podría ya ser de otro modo.

Por lo tanto, cuando Angelia le dijo que de ninguna manera debían arriesgarse a ir al lugar donde había caído la nave Thunderman le dijo que él iba a ir y que ella iría con él, y cuando Angelia insistió en decir que no, él le dio una tunda, estuvo toda la noche poseyéndola, y poco antes de aparecer Oooh en el cielo, cuando hacía más frío, la abrazó contra su pecho y le dijo:

—Tu vendrás adonde vaya yo, porque yo quiero y porque tú misma me dijiste una vez que nunca querrías separarte de mí.

Angelia, que estaba gozando más que nunca del amor que sentía por el gigante, quiso mortificarlo aunque sólo fuese de palabra, y dijo:

—Si me obligas a ir contigo, iré. Pero si te acompaño no deberás hacérmelo a menos que yo te lo pida.

—Tú nunca lo pides.

—Pues entonces no tendrás que hacérmelo nunca. Y si no me aseguras que será así no querré ir contigo en busca de la nave que nos convertirá en reyes de Gobodoborianar, y siempre tendrás que llevarme arrastrando y hacérmelo después de golpearme, hasta que acabes matándome a golpes.

Thunderman estuvo largo rato pensativo, sin contestar. Luego, soltó un gruñido, y se durmió, rendido de tanto y tanto hacer el amor con Angelia, tanto y tanto qué hasta un hombre de su increíble vigor físico necesitaba descansar, aunque hubiese salido el sol, aunque se aproximase la hora en que en lugar de ponerse a dormir debían haber iniciado la jornada.

* * *

Y de repente Thunderman despertó.

Se quedó mirando el cielo. Estaba adormilado, así que durante unos segundos no comprendió lo que estaba pasando. Hubo un instante en que pensó que había llegado la noche, pero le extrañó

no ver estrellas. Y fue, además, un instante brevísimo, porque en seguida se dio cuenta de que aquella oscuridad no era la de la noche, y entonces dio un gritó y se sentó rápidamente, derribando junto a él a Angelia, que despertó sobresaltada y lo miró con sus hermosísimos ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa?

—Llegan los voks. Y si llegan los voks llegan los groms.

Estaba señalando el cielo, y Angelia se dio cuenta entonces de la horrorosa negrura que había en todas partes, y desde algún lugar que no supo situar le llegó la fetidez de los excrementos de los voks. Había en el aire como una palpitación de miedo, y por todas partes se oían rumores sigilosos de huidas: el miedo abría un amplio camino ante los voks y los groms. Un camino que siempre iba en pos del ugakonoboro, el cual era rastreado más pronto o más tarde por los bestiales groms.

Como si flotasen por encima de los lagos y pantanos, como si estuviesen prendidos en los árboles, comenzaron a llegar los gruñidos de los groms, y comenzó a oírse el ruido de maleza destrozada.

Angelia miró a Thunderman, y se asustó al ver la enfurecida expresión de su rostro. Le puso una mano en un antebrazo, y pidió:

—Vámonos.

—No. Es inútil. Siempre nos encontrarán. Aunque fuésemos al lugar más alejado de este de ahora ellos siempre aparecerían en un momento u otro, y el cielo se oscurecería. Yo voy a dejar arregladas las cosas ahora de una vez para siempre.

—¿Qué piensas hacer? —se asustó Angelia.

—Voy a decirles a los groms que pronto seré el rey de este planeta, y que como tal, les ordeno que se queden en esta zona de pantanos para siempre, o los exterminaré a todos.

—¡Nunca podrías exterminar a todos los groms!

—Sí puedo hacerlo, aunque tenga que matar a tantos que su sangre forme muchos lagos en esta región. Nunca más huiré de los groms, ni de los voks, así que quiero que ellos lo sepan. Por tanto, tengo que decírselo.

—¡Te matarán si te acercas a ellos! Te matarán, y yo quedaré sola.

Esto hizo titubear a Thunderman, que era precisamente lo que

pretendía Angelia, es decir, que no se enfrentase a un enemigo tan malvado y numeroso, pero sus previsiones en este sentido se vieron defraudadas, porque la decisión de Thunderman fue bien diferente a la que ella había deseado.

—Tienes razón, si me matan quedarás sola, pero ya no importará, pues les haré creer que estás muerta, de modo que nunca más te buscarán a ti. Por eso, te vas a quedar escondida en esta charca, entre esos arbustos, y no saldrás de ahí pase lo que pase. Sólo saldrás cuando los haya dominado o cuando, después de matarme ellos a mí, se hayan alejado convencidos de que tú ya estás muerta y nunca más se acuerden de ti.

—¡No! ¡No quiero que te maten!

—¿Que te importa, realmente? Aunque te quedes sola ya no tendrás nada que temer, a menos que vuelvas a dejarte ver por los groms, y no creo que seas tan imprudente como para hacer eso.

—¡No quiero que te sacrifiques por mí!

Thunderman estuvo pensativo, de aquel modo sosegado que era habitual en él, y por fin dijo:

—La verdad es que no me estoy sacrificando por ti. La verdad es que estoy harto de tener que cuidar de ti, de no poder viajar más deprisa, de tener que luchar para poseerte, de estar peleando siempre contigo... Eres la hembra más fiera que he conocido en toda mi vida en el planeta, y yo no quiero tener una hembra así. Es por eso que creo que este momento es bueno para que nos separemos. No tengo nada que agradecerte, ni nada bueno que recordar de ti, pero tampoco te deseo ningún mal, y voy a hacer la última cosa por ti: yo me las arreglaré para llevar detrás mío a los groms, y tú podrás ponerte a salvo, y de este modo nuestros caminos se separarán, y Gobo es tan grande que ojalá nunca más volvamos a encontrarnos. ¡No quiero estar siempre pendiente de uña hembra furiosa y torpe, y que ni siquiera una sola vez me ha agradecido que la cubra! De modo que tú te quedas aquí, y yo me voy por los pantanos, para que los groms tengan muchas dificultades para atacarme si se niegan a escuchar mis órdenes de obedecerme y quedarse aquí para siempre. Queda en paz, Angelia.

—No —gimió ella—. ¡Thunderman, no me dejes sola! No es cierto que nunca te agradezca que me cubras, no es cierto... ¡Me gusta tanto! Pero no quería que lo supieses. ¡No quería que supieses

que siempre que me lo haces yo gozo tanto o más que tú en todo momento!

Thunderman movió la cabeza.

—Ya ni siquiera vale la pena que mientas, Angelia. Adiós.

A cada instante, mientras ellos hablaban, la oscuridad se había ido espesando, hasta el punto de que en aquel momento apenas se veían uno al otro. Era tan densa la oscuridad que a Thunderman le bastó dar dos o tres pasos para desaparecer de la vista de Angelia, que estuvo llamándolo con voz desgarrada, sin recibir respuesta alguna. Y quedó sola en una oscuridad hecha de aguas límpidas y de aguas cenagosas, de lagos frescos y pantanos cálidos donde había extrañas criaturas de cuerpos blandos de todos los tamaños; criaturas sin ojos, sin extremidades, sin vello ni piel propiamente dicha, y donde se movía la Vida con tal sigilo que talmente parecía que no hubiera vida de ninguna clase.

Por fin, Angelia comprendió que Thunderman no iba a volver, y que si seguía llamándolo sólo iba a conseguir atraer a los groms, que finalmente habrían conseguido cazarla y utilizarla sexualmente todos y cada uno de ellos sucesivamente, hasta matarla, hasta dejarla reventada de dolor y de náuseas de vivir. Así que, procurando no hacer ruido, Angelia se adentró a tientas en uno de los pantanos de aguas límpidas que había estado viendo hasta antes de que llegase la oscuridad de los voks. Y apenas se hubo quedado quieta entre los matorrales comenzó a sentir en sus carnes el lento deslizarse de los pequeños animales que parecían no tener piel, y mucho menos dientes, pero que mordían con fruición y sorbían ávidamente su sangre.

Se quedó quieta, y no oía nada, ni siquiera el rumor de su sangre, ni siquiera el latir de su propio corazón.

CAPÍTULO VII

Las antenas de los voks se movían como siempre en busca de obstáculos o presas, pero no encontraban ni una cosa ni otra, porque el terreno era llano, no había más obstáculos que el agua y los matorrales que rodeaban los lagos. Jinetes sobre los voks, los groms proseguían incansables su búsqueda del ugakonoboro. No tenían ninguna otra cosa que hacer en su inútil vida salvo buscar al ser que los había humillado y había dejado tuerto a Omogloy, que a cada instante de su vida sentía más profundos no sabía dónde de su cuerpo los tremendos dolores de los gusanos que llenaban la vacía cuenca de su ojo reventado de una pedrada. Al principio había ido arrancando del ojo podrido los gusanos que sobresalían, pero pronto se dio cuenta de que cuantos más arrancaba más nacían, y cada gestación de gusanos era tan dolorosa que se sentía morir de dolor, y se golpeaba de cabeza contra árboles, rocas, y hasta contra sus propios compañeros y contra las duras alas de los voks. Era un dolor que parecía removerse dentro de su cabeza, y que ni siquiera cesaba cuando conseguía casi dormir a lomos de las más grandes de las bestias llamadas voks.

Pero todavía con más intensidad que el dolor sentía Omogloy el odio contra el ugakonoboro que le había inferido tan salvaje herida que no le dejaba vivir ni terminaba de hacerlo morir. Era un odio tan espantoso que sus entrañas parecían gritar cuando pensaba en el gigante invencible, y todo su cuerpo se estremecía con una furia que le causaba dolor. También estaba harto de vivir en aquella eterna oscuridad creada por los voks, y en ocasiones pensaba abandonarlos para seguir su búsqueda de otro modo, pero los voks eran muy fuertes, se desplazaban con gran rapidez, y jamás se cansaban, pese a tener las patas tan delgadas y aparentemente frágiles. Así que si quería alcanzar algún día al ugakonoboro tenía

que seguir utilizando a los voks, pues de otro modo jamás llegaría ni tan siquiera a ver en la distancia al agilísimo enemigo.

Y de repente, cuando los pensamientos de Omogloy discurrían por los más oscuros cauces del odio, del rencor, de la desesperación debida al dolor, apareció ante la comitiva de voks y groms la inesperada, insólita luz. Fue un destello, como un estallido insólito, algo tan inesperado que toda la horda de voks se detuvo, y sus rojos ojos quedaron ciegos de aquella luz que no procedía de Oooh, y que estaba iluminando todo el terreno pantanoso por el cual estaban viajando.

Entre los groms hubo un murmullo que decía que aquello que estaban viendo era iko, el fuego, pero iko no podía ser, porque no había relámpagos, ni rayos verdes, ni nada que indicase la presencia de algo que pudiera proporcionar luz o fuego.

Sin embargo, apareció otro punto de luz idéntico al primero, y luego otro, y después otro, y luego otros más, hasta que delante de los voks y los groms quedó iluminada con extraña fiereza una gran zona en la que destacaban las aguas, que parecían rojas, y los lodos de pantanos y charcas llenas de tantos especímenes de vida que nunca nadie había podido verlos todos ni saber cuántos había y cómo eran, porque siempre aparecía alguna nueva forma de vida diferente a las anteriores, pero que seguía siendo, a fin de cuentas, pura y simple Vida.

Y entonces, para pasmo de los rojos ojos medio ciegos de los voks, y de los groms, apareció desde detrás de aquella línea de pequeños fuegos que parecían hechos con troncos y arbustos, la gigantesca figura del ugakonoboro, y parecía que iko relucía de modo especial en la carne diferente de las heridas que parecían desgarrar su pecho y sus hombros poderosos.

—¡Yo soy Thunderman, el nuevo rey de Gobodoborianar, y todos vosotros obedeceréis mis órdenes, del mismo modo que las obedece el fuego! ¡Ved cómo tengo en mi poder al fuego, ved cómo dispongo de iko a mi antojo! Del mismo modo dispongo de vosotros, y os ordeno que os quedéis para siempre en estos lugares, donde nunca seréis molestados.

Hubo un largo momento de silencio, pero enseguida comenzaron a sonar los «grom-grom-grom», en tonos cada vez más altos. Omogloy, que estaba atónito ante la osadía del enemigo que hacía

tiempo estaban buscando, parecía que no fuese a reaccionar jamás, montado sobre su enorme vok. Pero de repente los gusanos de su ojo comenzaron a agitarse, como siempre que tenían hambre, y en seguida, con sus pequeños dientes que parecían hechos de hielo, comenzaron a devorar la carne del interior de la cuenca del ojo de Omogloy, carne que no cesaba de crecer, si bien solamente servía para pitanza de los odiados gusanos que ya formaban parte de la vida de Omogloy. Y éste reaccionó, con la cólera del dolor, con la cólera del odio:

—¡No lo matéis! —gritó—. ¡Quiero ser yo quien lo haga! ¡Quiero abrirle el vientre con mi krogo y comerme sus entrañas calientes mientras él permanece vivo contemplándolo!

En la roja luz de las antorchas encendidas por Thunderman todo parecía siniestro. En los quietos lodos que quizá no se habían removido en milenios de luces de Oooh se reflejaban estas luces, y en muchas partes, la figura hermosa e insólita de Thunderman, que comprendió enseguida que más que cualquier razonamiento o cualquier componenda prevalecería en todo momento el inmenso odio de Omogloy hacia él, y, que nunca habría posibilidad de que los groms le acatasen como rey, ni tan siquiera como vecino con el que se debía convivir en aquel gigantesco planeta que comenzaba a vivir con extrañas criaturas en todas partes, incluso en sus lodos y en sus aguas.

—¡GROM, GROM, GROMMMM, GROOOOMMM...! —gruñían los groms, formando un rodar de sonidos aterra dores, un sin fin de dolor en los oídos, una espiral de furia y odio conjunto.

Así que Thunderman hizo lo que ya había previsto hacer si su intención de impresionar a los groms fallaba: dio la vuelta, y se metió en la charca más cercana, la que antes había comprobado que era tan honda que ni siquiera las largas patas de los voks llegaban a su fondo, por lo que no podrían perseguirlo, a menos que rodeasen el pantano; y si tal hacían, cuando llegasen a la orilla al otro lado él ya estaría tan lejos que jamás lograrían volver a verlo. Y mucho menos a Angelia, que había quedado en dirección opuesta a la que él seguiría para llevarse detrás a los groms y que nunca, ni por casualidad, sería hallada por los siniestros degustadores del mal.

El sólo tenía que hacer una cosa: nadar. Y haciendo esto sabía que los groms y los voks no podrían seguirlo nunca.

Sin embargo, no siempre es posible preverlo todo, y fue así como Thunderman, que todavía tenía cerca el resplandor de las antorchas que él había encendido para impresionar a los groms, se llevó la gran sorpresa y el mayor sobresalto de su vida: de repente, las aguas que en aquella parte estaban cenagosas se abrieron, y de su profundidad brotó algo chorreante y rugiente qué causó primero la sorpresa y luego el espanto de Thunderman. Y casi enseguida, algo más allá, apareció otra cosa igual. Y luego otra. Cada una de aquellas cosas era casi tan grande como el cuerpo de Thunderman, y tenía dos enormes ojos que parecían hechos de barro, que eran como grandes huevos de serpientes gigantes.

Pero no fue sólo esto lo que asustó a Thunderman, que nunca, ni siquiera cuando era un niño perdido en un planeta extraño, se había asustado de nada y por nada.

Lo más terrible fue comprobar, cuando aquel ser emergió todavía más de las profundidades del barro, que las tres enormes cabezas pertenecían a un solo cuerpo, al que estaban unidas por tres largos cuellos verdosos que parecían de carne muerta a la luz de las antorchas encendidas por Thunderman.

En la orilla de la charca los voks y los groms también estaban tremendamente impresionados, porque era la primera vez que veía una criatura semejante, e incluso jamás se les había ocurrido pensar que en las charcas pudiera haber más vida que los pequeños gusanos y seres planos y escamosos, y aquellos otros sin piel que se adherían con tremenda fuerza de mordisco a todo ser vivo que se atreviese a penetrar en las charcas, lagos o ciénagas especialmente.

De repente, las fauces de las tres cabezas se abrieron a la vez, mostrando una descomunal sima oscura por donde sin la menor duda podía desaparecer incluso un gigante como Thunderman. Este había dejado de nadar, y se mantenía a flote observando aquella nueva criatura que resultaba tanto más aterradora cuanto que no emitía sonido alguno, y ni siquiera parecía que con sus ojos blandos pudiese ver nada.

Pero sí.

Sí debía ver, porque acercó sus tres abiertas fauces en busca de Thunderman, que lanzó un grito y recuperó su facultad de movimientos, en una reacción velocísima que le permitió esquivar el primer intento de la más cercana de las tres bocas para devorarlo,

para tragarlo, para engullirlo y hacerlo desaparecer en las simas de un cuerpo cuya forma y tamaño eran inimaginables, ya que un cuerpo con aquellos largos cuellos y con tres cabezas tenía que ser sencillamente enorme.

Hubo como un gemido de furia en la pavorosa boca cuando Thunderman escapó a su intento de engullirlo, desplazándose con rápida habilidad por la superficie del agua.

Atacó entonces otra de las cabezas, y Thunderman escapó a su intento desapareciendo bajo las aguas, provocando un gruñido colectivo en los groms, que lo mismo podía expresar admiración que decepción por el hecho de que su enemigo, el ugakonoboro, hubiese escapado también al segundo ataque.

¿O no había escapado?

¿Tal vez había bajo el agua más cabezas de aquel enormísimo ser, y una de esas cabezas, una de esas bocas, había engullido a Thunderman?

De nuevo gruñeron los groms cuando el ugakonoboro reapareció en la superficie. Y hubo como un rugido colectivo cuando la tercera cabeza, cerca de la cual había aparecido Thunderman, atacó, intentando como las otras engullir la presa que había osado invadir sus dominios acuáticos.

Talmente pareció que esta vez Thunderman no pudiese escapar, pues las mandíbulas gigantes se cerraron sobre él, más no sobre su cuerpo, con lo que tal vez habría quebrantado todos sus huesos, lo habría triturado y habría sido fatal y finalmente engullido… Ocurrió que Thunderman giró un poco el torso, separó los brazos, y con cada mano sujetó el borde de una mandíbula del monstruo acuático, que se quedó sobre él, abierta la boca, pero sin poder cerrarla a voluntad, pues los fortísimos brazos de Thunderman se lo impedían.

—¡Por todos los muertos! —gritó Omogloy—. ¡Esto no es posible!

Y sin embargo, todos los vieron: mientras las otras dos cabezas del enorme ser permanecían a la expectativa, Thunderman todavía separó más sus manos. Sus brazos se hincharon de modo descomunal, pareció que cada uno de sus formidables músculos creciera en aquel mismo instante, todo su cuerpo se tensó, los tendones de su cuello y hombros parecieron a punto de saltar… Y de

repente, con un gemido de humillado dolor, la cabeza pareció romperse. Se separaron las mandíbulas con un chasquido, los ojos parecieron apagarse, el cuello que la sostenía se abatió...

Thunderman se apartó, y la cabeza muerta de la serpiente escamosa cayó al agua con fortísimo chapoteo.

Inmediatamente, las otras dos cabezas atacaron a la vez. Los diminutos cerebros encerrados en las enormes cabezas habían asimilado finamente la idea de que el intruso había vencido con sus brazos a su tercera cabeza, y, dejando sobre las aguas como un resoplido blando lleno de dolor y furia, ambas cabezas se abatieron sobre Thunderman, que de nuevo desapareció bajo las aguas.

—¡Grom, grom, GROM, GRRROOOOMMM...! — gruñían excitadísimos los admirados groms.

Y todavía gruñeron más, y con más excitación, cuando de nuevo emergió el ugakonoboro, alejado de las dos cabezas, cuyos ojos blandos y como sucios, o quizá como hechos de lodo, lo divisaron enseguida, y de nuevo toda el agua pareció temblar cuando bajo ella el cuerpo enorme se movió y las cabezas se orientaron hacia Thunderman. La superficie se rompió cuando comenzó a aparecer el cuerpo del monstruo, formando montañas de anillos relucientes que parecían de roja carne muerta a la luz de las antorchas. El grosor de aquel largo cuerpo retorcido cien veces sobre sí mismo era superior al de Thunderman, y se agitaba en fuertes sacudidas, alzando surtidores de agua que alcanzaron a los grom y a los voks.

Thunderman ya no tenía miedo, pues había pasado el sobresalto inicial, pero sabía que iba a ser devorado. Tan sólo con que aquel cuerpo le golpease podía romperle todos los huesos, y entonces sí, debidamente triturado y por tanto indefenso, podría engullirlo con toda facilidad.

Fue entonces cuando surgió la gran sorpresa: Omogloy, desde lo alto de su vok, gritó:

—¡No quiero que nadie más que yo te mate, ugakonoboro! ¡Toma mi krogo para defender tu vida si sabes utilizarlo!

Thunderman se volvió, y vio a Omogloy arrojándole aquella arma reluciente en forma de arco y con dos filos. La vio llegar, reluciente, y moviendo velozmente la mano derecha consiguió agarrarla por la empuñadura. Entonces sucedió algo que de nuevo causó el pasmo entre los groms: la gigantesca espada de dos filos

internos y una externo y en forma de arco destelló como nunca había ocurrido en mano de Omogloy. Pareció talmente que se iluminara como cuando en los fríos amaneceres aparecía lentamente Oooh en el horizonte. Despidió tales destellos que los grom, lanzando gruñidos de alarma y admiración se protegieron los ojos con las manos...

Un vagido poderoso y a la vez patético brotó de las bocas de las enormes cabezas, que otra vez atacaron furiosamente al intruso. Thunderman lanzó un primer golpe, y pareció que sus músculos se convirtieran en acero, destellaron como metálicos: la extraña espada describió una curva de luz, y al instante siguiente cercenaba una cabeza del monstruo con toda facilidad, lanzándola lejos del cuerpo con sordo chapoteo. La única cabeza que le quedaba al monstruo volvió a emitir aquella especie de gemido patético, de berrido que brotase de las entrañas, y lanzó otro ataque hacia Thunderman, que otra vez utilizó el hermoso y rutilante krogo de Omogloy.

Se apagaron los ojos de la cabeza bestial cuando también el tercer cuello escamoso fue cortado en redondo. Igualmente la tercera cabeza produjo grandes salpicaduras al caer al agua, bajo las cuales desapareció rápidamente. Hubo tremendas convulsiones en el larguísimo cuerpo de la serpiente de agua, su grueso cuerpo se agitó en tremendas sacudidas, y de repente quedó inmóvil. Luego, muy despacio, comenzó a hundirse, hasta que desapareció completamente, y las aguas queda ron inmóviles, salvo alrededor del cuerpo de Thunderman, que seguía empuñando el krogo, que significa sangrador.

Hubo luego unos momentos de silencio que pareció que fuesen a convertirse en la eternidad, hasta que, de repente, Omogloy, gritó:

—¡Vamos a por él! ¡Ahora no va a poder escapar de ninguna manera! ¡Rodead el lago, que nunca pueda salir de él sin nuestro permiso! ¡Y venid algunos conmigo, para atraparlo ahora mismo!

Dio la orden al vok, y éste se adentró en el agua. Lo mismo hicieron otros voks con jinetes groms, mientras muchos de éstos se alejaban a lomos de sus negras monturas siniestras para bordear la charca. Thunderman miraba a todos lados en busca del hueco por el que escapar, pero realmente, salvo que deseará seguir luchando aun sintiendo la leve fatiga de su lucha en el agua contra el ser de tres

cabezas, sólo tenia un camino, y era nadar hacia el centro del lago, con la esperanza de llegar finalmente al otro lado antes de que alcanzasen aquella parte de la orilla los groms a lomos de los voks que corrían hacia allí.

Pero no era sólo esto, no se trataba de tener que nadar velozmente sin abandonar el krogo, que seguía reluciendo en su mano como nunca había relucido en las de Omogloy, sino que existía el riesgo de que más adentro del lago, en aguas todavía más profundas, pudiera haber otro u otros seres enormes de tres cabezas, quizá de más cabezas, quizá de unos tamaños impensables y que finalmente lo engullirían como los ules engullían una simple lombriz que hubieran divisado desde las alturas de sus lentos vuelos en busca de seres muertos...

—¡Recordad que no debéis matarlo! —gritaba Omogloy—. ¡Quiero comerme sus entrañas calientes, quiero que él vea como lo abro con mis manos y le devoro por dentro...!

Chapoteando, docenas de groms se acercaban a Thunderman. Este sabía que no le seguirían al interior del lago, a la parte donde dejarían de hacer pie, así que se desplazó aguas adentro, aunque lo menos posible, pensando en la posible aparición de otro ser de tres cabezas.

Sucedió entonces algo realmente inesperado incluso para los groms: el vok que montaba Omogloy se introdujo en el agua, y quedó flotando sobre su repugnante vientre; acto seguido, utilizando sus delgadas patas como remos, se desplazó lentamente hacia Thunderman, que se convenció de que, por fin, por muy hábil y fuerte que él fuese, había llegado a la situación límite, y que, simplemente, iba a morir, y además de un modo horrible, a manos de Omogloy, ya que los de más voks sin duda iban a imitar al de Omogloy...

Y así fue. Mientras los groms enloquecían gritando como nunca de furia y placer anticipado, los voks se metieron en el agua, y se fueron desplazando hacia el gigante nacido en el espacio, que seguía sosteniendo en alto el krogo, mientras sus enemigos blandían sus fuertes palos... Los groms que se habían dirigido hacia la otra orilla del lago regresaban a toda prisa, dispuestos a tomar directamente parte en la caza del ugakonoboro ahora que los voks acababan de demostrar aquella otra habilidad tan útil cual era la de

desplazarse por encima del agua.

—¡Golpeadle todos a la vez! —vociferaba Omogloy—. ¡Dale de palos hasta que no tenga fuerzas ni para mirarnos! ¡Rompedle todos los huesos, machacar sus manos…, pero que nadie se atreva a matarlo…!

Y fue justamente entonces cuando apareció Angelia.

ESTE ES EL FINAL

Nadie la había oído, y mucho menos nadie la había visto. Pero la vieron de pronto.

Apareció por encima de todos ellos, bellamente iluminada por las antorchas, cuya luz roja y rosada se reflejaba en sus hermosísimas alas de suave plumaje blanquísimo que ahora se teñía de rosa, del color de iko. Eran unas alas grandes, completas, fortisimas, que no producían ni siquiera roces con el aire al moverse tan suavemente, tan majestuosamente, tan dulcemente. Batían por encima de todos ellos, parecían remover las negruras siniestras del aire de los voks. Era tan hermosa Angelia, y tan bella sus alas nuevas, que todos los groms quedaron petrificados y no menos petrificado quedó Thunderman, que se disponía a demostrar, fuese como fue se, que no era nada fácil vencer al ugakonoboro...

—Tu amor ha hecho brotar de nuevo mis alas —dijo dulcemente Angelia, suspendida sobre él—. Aunque yo haya tardado en comprenderlo, y aunque ni tú mismo hayas sabido comprenderlo y ni siquiera expresarlo, siempre me has estado amando mucho más allá de tus rudas acciones. Siempre me has estado amando como yo deseaba ser amada, y lo he comprendido, ahora, cuando te disponías a dar tu vida por mí. Dame tu mano, Thunderman.

Este parpadeó. Alzó su mano izquierda, y Angelia la tomó con las suyas, riendo tan dulcemente que parecía que nunca nada malo pudiera ocurrir en ninguno de los mundos del universo. Llevando de la mano a Thunderman, Angelia remontó el vuelo, privando de modo tan majestuoso y sencillo a los groms de la presa que ya daban por segura. Abajo, Omogloy, comido su ojo por los gusanos nuevamente excitados, agitaba sus manos bestiales mientras rugía:

—¡Te encontraré! ¡Adonde quiera que vayas Omogloy te encontrará, y se comerá tus entrañas! ¡Nunca podrás ocultar te de

mí…!

Pero la voz de Omogloy iba quedando atrás y abajo, abajo, abajo… Iba apareciendo la luz de Oooh, y Thunderman recordó que era de día, y que la oscuridad en la que había estado sumido era la de los voks; no la de la noche. Iba apareciendo la luz rosada de Oooh, que confería a las alas de Angelia una luminiscencia maravillosa, y a su piel aquella tonalidad de ternura y de vida. Las espléndidas alas de Angelia batían lentamente, pero la oscuridad de los voks quedó muy, muy lejos.

Volaban ahora bajo el cielo celeste, bajo la rosada luz, y Thunderman, que tampoco ahora sentía temor alguno pese a hallarse tan por encima de tierra firme, dejó de mirar extasiado la belleza del cuerpo de Angelia, de los ojos de Angelia, de las alas de Angelia; del velludo sexo de Angelia, de los hermosísimos pechos de Angelia, de la luminosa sonrisa de Angelia…Dejó de extasiarse con todo esto tan hermoso y tan realmente y profundamente amado, y miró Hacia abajo, dónde había tantas y tantas cosas conocidas y todavía muchas más que desconocía.

Pero no importaba esto último, porqué sabía que para bien o para mal; aquel era el mundo de Thunderman y Angelia; en el que tendrían qué vivir por toda la eternidad de sus vidas.

Así qué, apacible la mirada, el gigante ugakorioboro continuó volando en alas del amor, mientras pensaba que él convertiría aquel planeta en algo tan hermoso que el universo estaría orgulloso de él, de aquel mundo que parecía haber sido creado alguna vez en la profundidad de los tiempos para llegar a ser, pura y simplemente, el mundo de Thunderman.

FIN